

Kant refuta el idealismo

Interpretación de un argumento kantiano contra el idealismo

por Jaime Vélez Correa, S. J.

INTRODUCCION

Estando para clausurar la Primera Parte de su lógica trascendental, insertó Kant a la doctrina de los principios del entendimiento puro, a manera de conclusión o corolario, un argumento contra el idealismo probándole el siguiente teorema: «La conciencia simple, empíricamente determinada de mi propia existencia, prueba la existencia de los objetos en el espacio y fuera de mí»¹. Refiriéndose a la demostración de dicho teorema, el autor se jacta en el Segundo Prefacio a la Crítica de la Razón pura², de haber «dado una nueva refutación del idealismo psicológico y una prueba rigurosa (la única que creo posible) de la realidad objetiva de la intuición externa».

Nuestra empresa consistirá en un estudio sereno acerca de tal refutación para fijar el significado, trascendencia y valor de la misma. Creemos no ser de poca utilidad y monta para la historia del pensamiento filosófico, venir a dilucidar si en verdad la doctrina de la Crítica formula principios incontestables y eficaces, los únicos capaces según su autor, de refutar todo idealismo que niegue o ponga en duda la existencia del mundo externo. Tal vez

¹ B. 275.

² B. XXXIX nota.

α los no muy avezados en las sinuosidades del Criticismo, sorprenda y extrañe oír hablar de una refutación del idealismo propuesta en tan acres términos que se llega a calificar la tesis del adversario como «un escándalo para la filosofía y para el sentido común en general»³, y que precisamente dicha refutación venga formulada por un sistema universalmente reputado como la fuente del idealismo moderno encauzado por Fichte y Hegel, acrecentado por los neokantianos y los neohegelianos, hasta desembocar subrepticamente en los intentos de reconstrucción metafísica de tipo heideggeriano³; para quien piense en el arrollador y casi ecuménico *influjo del idealismo kantiano* en todas las esferas del pensamiento filosófico, aparece enigmática por no decir contradictoria dicha refutación kantiana del idealismo; ¿no será ella más bien una *autorrefutación*?

Por eso el interés último de nuestro trabajo no radica precisamente en saber si de verdad el argumento kantiano refuta o no eficazmente al idealismo; nuestro estudio va a conducirnos más hondo, a las raíces mismas del sistema que se proclama capaz de refutar perentoriamente α su adversario, para, justipreciando la validez de sus argumentos, poder establecer si «la Crítica de la razón pura» contiene en sí principios sólidos con los que no solamente se refuta la doctrina idealista sino además se opta por una posición de bases realistas frente α un idealismo que todo lo disuelve en construcciones de la conciencia. La refutación nos va α descubrir puntos esenciales o como claves del sistema kantiano esparcidos en toda la obra filosófica de Kant y que allí se van α poder apreciar aplicados explícitamente, en concreto y subrayados por el contraste de la polémica en tal forma que no dejen ambiguos su sentido y alcance. Así pues, la prueba anti-idealista además de argüir por una certeza inmediata del mundo externo, define su posición entre el racionalismo y el sensismo, entre el dogmatismo y el escepticismo, conservando la vía media y asestando el golpe a la médula así del racionalismo idealista como del escepticismo sensista para «extirparlos de raíz» según se proponía el Prefacio de la Segunda edición de la Crítica⁵.

Si, por otra parte, al «Cogito» se le considera como punto de

³ ib.

⁴ Cfr. **Martin Heidegger** «Kant und das Problem der Metaphysik» especialmente 107 y ss.

⁵ B. XXXV nota.

arranque del idealismo moderno⁶, es fácil de calcular cuál sea la significación de la prueba kantiana que precisamente trata de esclarecer la falsedad de dicho principio, probando, contra la primacía del «Cogito», que la certeza de la experiencia interna no es posible sin aquella de la experiencia externa y que por lo tanto la certeza de mi existencia no es un privilegio primario e inmediato como quisiera Descartes; en esa forma la refutación no sólo reprobaba la conclusión idealista de negar o poner en duda la existencia del mundo externo, sino que además ataca directamente el germen de su doctrina que se encastillaba en el Yo quedando así incapaz de cerciorarse directamente de la existencia del No-Yo.

Otro tanto se podría decir del «Cogito» en la refutación, bien que desde otro ángulo visual, vale decir el de la fenomenología husserliana que reprocha a Descartes el aislamiento de su «Cogito» cuando precisamente éste implica el objeto pensado, «Ego cogito cogitatum»; Kant también le dice a Husserl que ese «Cogito» implica necesariamente un «cogitatum» real e independiente del «Ego», y así mismo en cierto modo le dice al existencialismo cuyo existir es un ser allí («da-sein») o estar conscientemente orientado hacia el mundo externo, que sin ese mundo externo se hace imposible despertar la conciencia refleja de nosotros mismos y que ese mundo existe no sólo para nosotros sino también existe en sí; así pues, lo que Husserl pretende alcanzar con su fenomenología, Kant ya lo había intentado obtener con su refutación del idealismo.

Se suma a dicho interés actual y al suministro copioso de principios claves para la exégesis kantiana, el que la refutación señale claramente tal vez como pocos trozos, la interna falla del sistema, el agnosticismo kantiano, erróneamente atribuido a las categorías, cuando si ello fuera así la refutación se haría inútil e imposible.

Considerando este conjunto de razones, no hemos dudado en llamar a la refutación kantiana del idealismo, *punto crucial* ya sea para la posición filosófica del mismo Kant que se habrá de decidir por un realismo o por un idealismo, ya también para los modernos post-kantianos sea que se llamen continuadores del criticismo, sea que se les califique como impugnadores del mismo.

⁶ Verneaux «Les sources cartésiennes et kantiennees de l'idéalisme français», 105.

1. DELIMITACIONES

La ingente y prácticamente inagotable literatura kantiana, si por una parte orienta en ese intrincado laberinto, hace por otra parte casi imposible cualquier avance en miras a esclarecer y sintetizar los problemas; es tan copiosa la bibliografía requerida para el estudio de éste o aquel tópico en la filosofía de Kant, que se exigen largos años de consagración y considerables volúmenes como fruto. Nuestra modesta aspiración quiso obviar tales inconvenientes restringiendo el campo de la investigación y empleando un método que más adelante pasaremos a explicar y justificar.

El tema de nuestro estudio se presenta ya de por sí bien definido y concreto: no se trata aquí de investigar la filosofía de Kant tocante al idealismo en todo su conjunto y amplitud, ni de exponer todos los puntos del criticismo antagónicos a este o a aquel tipo de idealismo, como tampoco se pretende estudiar todas las refutaciones del idealismo implícitas y explícitas, que son muchas en la obra de Kant. La ambición del presente estudio ha sido enfocar toda la investigación a una *sola refutación del idealismo*, la que no dudamos en calificar de más típica en la obra kantiana, la que fue objeto de metuculoso y especial cuidado en la redacción como lo atestiguan las observaciones del texto y el mismo Prefacio, la que en fin, por su prestancia y contenido resume y supera las demás, encierra los principios claves del sistema y denuncia sin ambages la actitud firme de la Crítica frente a los idealistas.

2. EL PROBLEMA

Para investigar el contenido de la refutación kantiana contra el idealismo que negaba o ponía en duda la existencia del mundo externo hay que dilucidar *tres cuestiones*:

Primera cuestión: fijar el sentido de la refutación.

Es obvio que tratándose de analizar una refutación, se investigue ante todo a *quién* se refuta y *por qué* se le refuta; este primer paso de la investigación colocará en contrastes inequívocos el problema que el adversario plantea a Kant, o sea si se trata de probar la existencia de un mundo fenomenal más bien que la de un mundo-en-sí; el punto álgido no está en saber cuál es la senten-

cia definitiva del adversario (en Descartes será un realismo y no un idealismo), sino en deslindar exactamente cuál es el punto controvertido o sea el problema. Una vez obtenido un criterio firme acerca de la controversia, se impone en segundo lugar, averiguar si Kant entendió el problema en el mismo sentido que sus adversarios; finalmente, en un tercer paso, hay que estudiar el argumento mismo de Kant, es decir la solución que él presenta al problema. En esta forma se explana el sentido completo de la refutación la que nos muestra cómo la certeza de nuestra existencia no se obtiene sino mediante un permanente que está «fuera de nosotros», el mundo externo.

Segunda cuestión: determinar el alcance o trascendencia de la refutación.

Con la solución kantiana analizada en la primera parte, ese permanente fuera de nosotros, que es el mundo externo, puede muy bien entenderse o con un alcance meramente fenomenal, o con un alcance trascendente; dado lo cual, dicho argumento podría probar o la existencia de un mundo construido por el Yo, o la de un mundo-en-sí; para decidirse por uno de los dos términos en la disyuntiva precisa tratar *dos problemas*:

1º Averiguar en qué sentido contrapone Kant el término Yo al término permanente cuando formula que éste es «algo fuera de mí», o sea saber si el Yo contrapuesto al permanente es un mero fenómeno, porque entonces su correlativo, el permanente o mundo externo, lo sería también; si por el contrario, aquel Yo es una realidad en sí, el permanente lo será también.

2º Inspeccionado ya directamente ese permanente «fuera de mí», hay que analizar las propiedades con que se le especifica en la refutación y ver si ellas favorecen o no el sentido trascendente de ese mundo externo cuya existencia se vindica.

Esta misma interpretación realista viene a probarse cuando se demuestra que las tesis-claves de la doctrina kantiana están incluidas con sentido realista dentro del argumento en cuestión y que interpretarlas de otra manera sería herir mortalmente al kantismo auténtico. A guisa de confirmación se analiza una interpretación idealista del argumento kantiano presentada por M. Lachièze-Rey y se demuestra que en ella queda desvirtuado el genuino sentido del kantismo.

Determinado en esta forma el límite del permanente y por ello mismo su alcance en la refutación kantiana, quedará bien dilucidado si ese mundo con que arguye Kant no transborda el puro fenómeno, o más bien se hace algo transcendente, cosa-en-sí.

Tercera cuestión: Juzgar el valor y eficacia de la refutación.

Se podrá valorar la fuerza de la argumentación kantiana, comparando de una parte, el problema propuesto por el adversario, y de otra, la solución que presenta nuestro filósofo hasta poder discernir si el kantismo verdaderamente posee razones y principios inconcusos para refutar al idealismo. Completará este veredicto sobre la eficacia del argumento anti-idealista, un parangón de las tesis en él sustentadas y los principios de la filosofía perenne; iluminados así por la verdad indeficiente, nos disponemos para discernir las valiosas adquisiciones de la revolución kantiana, como también sus gravísimas fallas.

De este modo, la refutación kantiana que hemos llamado *punto crucial del kantismo*, nos faculta para sentenciar sobre el acierto o desacierto de las dos únicas interpretaciones del kantismo, las que precisamente en este problema se bifurcan adoptando direcciones opuestas: la que expone a Kant como idealista extremo y la que desentraña sus tesis realistas.

3. METODO

Un problema de tales proporciones, a pesar de lo restringido, exige un método especial.

El plan de la investigación se desarrolla lógicamente en *tres partes* correspondientes a los tres tópicos de la refutación aludidos poco antes; los capítulos se jerarquizan siguiendo el plan general y se van complementando entre sí; las subdivisiones irregulares y talvez excesivas incluídas en algunos capítulos, han tenido por fin, amén de la claridad, hacer más cómoda y expedita la comprobación de nuestro proceso demostrativo.

Una investigación tan delicada no podría ser empresa de un solo hombre; así pues, además de la certera y amabilísima orientación del R. P. Luis Naber, S. J., por la que rendimos nuestro reconocido agradecimiento, nos hemos valido de los comentarios

más autorizados de Kant, para, aprovechando ese bagaje de tradición, poder pronunciar nuestro veredicto sobre la refutación. Nos parece éste el único medio de llegar a ventilar brevemente todos los complicados y espinosos problemas del argumento kantiano, su sentido, su trascendencia y su valor. En esta forma esperamos evitar todo el complicado aparato crítico que exige la comprobación de cada una de nuestras afirmaciones, y por lo mismo nos excusaremos de discutir las razones con que los autores referidos sostienen su punto de vista exegético, a no ser casos especiales que así lo exijan; por eso, apoyándonos en su juicio autorizado y reforzándolo con textos auténticos de Kant, nos apropiamos las conclusiones de los comentaristas para hacer avanzar nuestra disquisición. No extrañe pues, en nuestro estudio, la profusión de referencias tocantes a intérpretes de Kant; ellas tienen por objeto garantizar las aseveraciones de nuestra tesis y proporcionar al lector datos necesarios para recurrir a las fuentes.

Cuanto a las citas textuales que muchas veces embarazan y confunden el curso del razonamiento por tener que transcribirse largos pasajes en otra lengua, ya que toda traducción deja mucha incertidumbre, preferimos resumir con nuestros propios términos la sentencia del autor aludido, a no ser que se le pueda caracterizar con una breve sentencia propia.

* * *

Finalmente queremos advertir encarecidamente que nuestra interpretación de la refutación kantiana no se propone como incontestable y única; de buen grado reconocemos en el kantismo⁷, aquella indiscutible bivalencia o dualidad *realístico-idealista* a tenor de la cual, si se considera una faz y no la otra, se acentuarán más unos elementos dejando a los otros en la penumbra. A pesar de lo cual, o precisamente por eso, el fruto de nuestro estudio llega por lo menos a demostrar que muchas veces se falsea el pensamiento de Kant cuando se menosprecian, por descuido o por prejuicios de escuela, aquellas facetas inconfundiblemente realistas de su sistema.

⁷ Cfr. *Infra* 2^a P.

PARTE PRIMERA

SENTIDO DE LA REFUTACION

I — EL ADVERSARIO

Sumario: § 1. Berkeley. — § 2. Descartes: a) no es idealista convencido; b) no es idealista empírico; c) es idealista problemático; d) termina en un realismo indirecto; e) la doctrina del «Cogito», raíz de su idealismo y de su realismo; f) resultados. — § 3. **Conclusión:** un problema realista.

Una breve exposición de la doctrina refutada no sólo servirá para apreciar con justeza el argumento kantiano y medir su valor, sino además tendrá la ventaja de conducir certeramente a la inteligencia exacta del problema que se ventila, con qué sentido y trascendencia se propone, en qué términos se plantea y qué clase de solución exige. Esa es la razón del presente capítulo que tendrá por consiguiente, importantes repercusiones en los siguientes.

No se pretende aquí estudiar la doctrina de Berkeley o de Descartes en toda su amplitud ni tampoco en el detalle de un punto especial, que reclamaría una tesis completa. Aquí sólo se investiga *cuál es el problema que los adversarios, Berkeley — Descartes, plantean a Kant* prescindiendo del valor intrínseco de dichas doctrinas, porque no pretendemos hacer una crítica de esos dos idealistas sino una exposición de sus doctrinas, dada la índole de nuestro estudio. Se alargaría y complicaría sobremanera una investigación crítica que quisiera ir a las mismas fuentes para hallar *en qué términos, Berkeley y Descartes plantean el problema*, además de estar todo eso ya al menos implícitamente tratado por los especialistas. Es preferible, evitando así el complicado aparato crítico, basarse en estudios autorizados y en cuanto se concilie con la brevedad, hallar qué dicen competentes intérpretes de Berkeley y Descartes sobre el problema en cuestión.

Se mencionan *solamente* estos dos adversarios porque son los

únicos que vienen nombrados explícitamente en el texto de la refutación y porque en ellos se compendian las sentencias idealistas impugnadas en el texto kantiano¹. Más aún, redactada explícitamente contra Descartes, la refutación parece prescindir del idealismo de Berkeley por haber sido éste refutado en la Estética²; sin embargo no se puede olvidar que ambos idealismos (dogmático y escéptico) mencionados por Kant, *plantean un mismo problema*: la existencia de los cuerpos, a la vez que se distinguen entre sí solamente por la solución que presentan: para uno en sentido *negativo*, para otro en sentido *problemático*. Así pues, concretado al presente todo el interés del capítulo en dilucidar el sentido del problema, será de mucho valor verificar que ambos adversarios coinciden en la manera de enfocar el asunto, porque entonces será una clara prueba de que la cuestión por ellos discutida no admite equívocos, con lo cual se habrá dado un paso firme en vías a la interpretación del argumento kantiano contra el idealismo.

§ 1 — BERKELEY

Inmaterialismo es el tópico dominante en la doctrina del Obispo anglicano; a él llegó, no por un anti-sensualismo, sino corrigiendo el empirismo de Locke, quien al distinguir en los cuerpos cualidades primarias (el sensible común de los escolásticos) y cualidades secundarias, había conservado para aquellas su realidad objetiva independiente, mientras que se la negaba a éstas³. Para Berkeley hay en esta división de Locke una patente inconsecuencia pues las cualidades primarias (espacio, tiempo, movimiento...) son únicamente la resultante del concurso mutuo de las secundarias, y por lo tanto están en el mismo plano que las primarias, es decir, son creaciones del espíritu. Si bien los fenómenos exigen un «substrato» exterior o un sujeto de inhesión o una substancia material, ello significa, arguye el filósofo obispo, o bien la generalización a modo de permanencia de un grupo de fenómenos la cual nada tiene de *objetiva* (nominalismo), o bien un

¹ B. 274 — 275. **Lachèze-Rey**: «L'idéalisme kantien» 67 ss., no parece dar mayor importancia a esclarecer los adversarios de la refutación que aparecen mencionados muy de paso, excepto la interpretación del «Cogito» en el Cap. I. (Cfr. infra P. 2a).

² id. 274.

³ Cfr. **Marechal**, «Précis d'histoire de la Philosophie moderne», T. I.: 262 ss.

substrato subyacente a los grupos permanentes de fenómenos, el cual substrato es del todo ininteligible y por lo tanto se *debe negar* (*idealismo dogmático*). Berkeley llegó a esta última conclusión porque —explica la Crítica⁴— «si se considera el espacio como una propiedad que debe pertenecer a las cosas mismas, el idealismo dogmático es inevitable».

De esa suerte, el concepto de una substancia corporal distinta de los fenómenos sensibles carece de fundamento, *no existe realmente*; el «esse» de tales fenómenos o expresando en términos berkeleyanos, el «esse» de las «cosas no-pensantes», se confunde o identifica con el «percipi» de las mismas⁵. Si a una cereza se le quita todo lo que se percibe de ella mediante los sentidos, no queda nada; al cuerpo, pues, no le conviene otra realidad sino el ser representado, percibido. Objetan a Berkeley que en su teoría un *cuerpo real* (siendo un mero «percipi») no se distinguiría de un *cuerpo imaginado* o *soñado*; él se defiende con un «Deus ex machina»: Dios que compone sus ideas en forma de leyes de la Naturaleza, comunica esas mismas ideas a los espíritus y entonces habiendo conformidad perfecta, esa representación o percepción es un *cuerpo real*; en cambio, si el espíritu por su propia cuenta forma una representación, ésta no viene a ser sino un *cuerpo irreal* (imaginado o soñado)⁶.

No cabe duda que el problema planteado y netamente definido por Berkeley sobre la existencia de las cosas, queda resuelto en términos abiertamente idealistas: *la existencia real de los cuerpos es un mero percibirlos*; detrás del fenómeno corporal no hay nada, todo él es mera representación⁷ que será real, si comunicada por Dios, irreal o imaginaria, si fingida por el espíritu mismo.

⁴ B. 274. Como nuestro interés se concentra en el argumento que demuestra el teorema contra el idealismo problemático, no hay para qué detenernos a estudiar si en verdad se refuta a Berkeley en la Estética. Nosotros consideramos a Berkeley solamente porque su doctrina nos da luz sobre el problema de la refutación; ya se dejó indicado además, que si el argumento alcanza a Descartes, a fortiori refuta a Berkeley quien en último término se fundaba en el «cogito» cartesiano.

⁵ Berkeley, «The treatise concerning the princip. of h. knowledge» I, n. 3, 259.

⁶ Cfr. Windelband, «Lehrbuch der Geschichte der Philosophie», 402 ss.

⁷ Cfr. Thonnard, «Précis d'histoire de la Philosophie», 585 ss. Muy bien se le llama al inmanentismo de Berkeley **conciencialismo** (cfr. Hirschberger, «Geschichte der Philosophie», II, 204).

Los intérpretes kantianos partidarios de un idealismo extremo se empeñan en desvirtuar este punto capital en la interpretación de la refutación. Así Lachièze-Rey⁸ no se ocupa del filósofo inglés; Kemp Smith⁹ asevera que la acusación de Kant contra el idealismo berkeleyano de no admitir la materia por ser contradictoria, es infundada; como por otra parte, el autorizado intérprete no aduce pruebas, nosotros basados en lo expuesto ya, no vemos cómo se pueda salvar a Berkeley de nihilismo. Caird¹⁰ se empeña en interpretar la refutación kantiana como si se dirigiera no contra el idealismo propiamente tal, sino contra el *materialismo*; según esto, Kant demostraría que la materia como objeto, sólo se entiende en relación con la autoconciencia del yo, para lo cual es necesario hacer a Berkeley un sensacionalista que convirtió el mundo en sensaciones, no un idealista que hace de ese mundo un elemento relativo al espíritu. El fallo sobre esta sentencia aparecerá bien claro a quien considere el conjunto de nuestra argumentación.

No hay para qué discutir si Kant leyó a Berkeley en el original o más bien en traducciones incompletas como reclama Kemp Smith¹¹, ni discurrir sobre la ignorancia que se le arguye al autor de la Crítica por haber asociado a los racionalistas lo mismo que a Berkeley con los Eleatas¹². Aunque todas estas recriminaciones estuvieran en su punto, *el problema de la refutación está certeramente dirigido a probar la existencia real de los cuerpos* y Kant tiene razón en nombrar como adversario de su teorema al idealista Berkeley; el autor de la Crítica no falsificó la doctrina de Berkeley; «no cabe duda que Berkeley, asegura un autorizado crítico¹³, negó la existencia de la materia, por más que ese nihilismo intelectual se atenúe con las tendencias teológicas del sistema».

⁸ Son muy breves y pocas las alusiones que acerca de Berkeley se encuentran en la obra de **Lachièze-Rey** «L'idéalisme kantien», a pesar de dedicar más de un centenar de páginas a la refutación kantiana. Por otra parte sabemos que **Schopenhauer** (cit. **Delbos**: «De Kant aux postik», 175) no veía diferencia entre Kant y Berkeley, ya que ambos sostenían que no conocemos sino los fenómenos; quien siga nuestro estudio podrá juzgar lo inexacto de tal apreciación.

⁹ **Kemp Smith, N.** «A commentary to Kant's Critique of pure reason»; 301.

¹⁰ **Caird**, «The critical philosophy of Immanuel Kant», I, 645.

¹¹ **Kemp Smith** «A commentary to Kant's critique of Pure Reason», 155 ss.

¹² Ak. IV, 374 ss. — Cfr. **Blunt**, «Rev. de Mét. et de Mor.», 1904;480.

¹³ **Blunt**, id. 479.

§ 2 — DESCARTES

Con su duda metódica partía Descartes de la conciencia individual de contenido múltiple y cambiante; eliminando de ella toda apariencia de contingencia, se quedaba con aquel único residuo de realidad absoluta¹⁴; entonces surgía el «Cogito», aquel hacerse consciente por el pensamiento de su realidad íntima, para afirmar¹⁵ la realidad que funda y trasciende ese pensamiento, «soy»¹⁶; el puente entre ese «Cogito» y el «Sum», el paso de la conciencia del pensamiento a la afirmación de la existencia, ni es una deducción¹⁷, o razonamiento, ni un mero subsumir¹⁸; paso trascendental, sólo realizable mediante intuición o *experiencia interna* que se presenta como primer principio «cognitu prior»¹⁹ y por lo mismo como supremo criterio de verdad. De esta manera se impone el alma en contacto inmediato (*experiencia*) con una *realidad objetiva* que no tiene *nada de existencia fenomenal*, como lo deja probado incontestablemente el P. de Finance²⁰. Una tal *autosuficiencia del pensamiento*²¹, como base que es del dogmatismo racionalista (sacar del puro concepto el contenido del conocimiento)²² y germen del idealismo²³, precisamente va a ser el punto rebatido en el argumento kantiano, cuando se pruebe la incapacidad del proceso interno para constituirse por sí solo y la necesidad de recurrir a un permanente o dato sensible²⁴.

Por ser el pensamiento primer conocido y percibirse inmediatamente, no necesita según Descartes, de otro objeto diferente de él para conocerse con certeza²⁵, quedando por eso mismo cortado el lazo de unión con el mundo externo. De esta manera se impone

¹⁴ Id. 477.

¹⁵ Cfr. **Descartes**, 2a. Med. A. T. VII, especialmente 26 y 27.

¹⁶ Cfr. **Finance**, J. de, «Cogito cartésien et réflexion thomiste». Archives de Philosophie XVI, 141.

¹⁷ Cfr. **Verneaux**, «Les sources cartésiennes et kantiennes de l'Idéalisme français», 85-87.

¹⁸ **Lachière-Rey** «L'idéalisme Kantien», 9 ss.

¹⁹ **Verneaux**, «Les sources cart...», 91-98.

²⁰ **Finance**, J. de «Cogito cartésien et réflexion thomiste», Arch. de Philosophie XVI, 211-215.

²¹ Id. 202, 211.

²² **Wundt**, M. «Kant als Metaphysiker. Ein Beitrag zur Geschichte der deutschen Philosophie in 18. Jahrhundert», 300.

²³ **Verneaux** «Les sources cart...», 106-112.

²⁴ B. 275 ss., XXXIX ss.; cfr. infra P. I. a., cap. III.

²⁵ **Finance**, J. de «Cogito cartésien et réflexion thomiste», Archives de philosophie, XVI, 195.

al filósofo francés el gravísimo problema de investigar cómo se conoce el mundo externo. Encerrado en su «Cogito», él no puede tener como objeto inmediato sino la idea, y por eso mismo le urge demostrar que *a esa idea corresponde una cosa realmente existente* ²⁶; y aunque tal idea tiene un sér objetivo, que si bien es menos perfecto que el sér de las cosas externas, no es pura nada ²⁷, sin embargo, como dicho sér no es el intencional de Santo Tomás ²⁸ no puede ser medio «quo» ²⁹ y por lo tanto el único camino es demostrar la existencia de los cuerpos *indirectamente*, partiendo del principio de causalidad y arguyendo, como lo hace en la 6ª Meditación; ella en resumen diría: no encuentro otro medio de explicar mis ideas sobre las cosas materiales, sino suponiendo la existencia real de las mismas, y a afirmar eso mismo me inclino naturalmente, sin que Dios me haya dado medio de combatir tal afirmación; esas ideas, pues, no deben proceder de mí, ni tampoco de Dios porque me engañaría la suma Veracidad, luego dependen de las cosas externas, lo cual prueba *su existencia real, independiente de mí* ³⁰. Por otra parte, sigue arguyendo, mi esencia tiene atributos accidentales como el sentir, elemento *pasivo* que exige su correspondiente elemento *activo*, el cual no puede estar *en mí*, porque no lo encuentro en la esencia de mi pensamiento ³¹, ni depende de mi voluntad, y por eso es necesario reconocer que tal *actividad* tiene que provenir de una substancia *fuera de mí* ³².

Queda así definida claramente la posición de Descartes tocante al punto en cuestión: los cuerpos materiales mediante la acción sobre los órganos y el cerebro, producen imágenes o duplicados de sí, los cuales no existen fuera de mí y por eso la mente los capta inmediatamente; para saber *si las cosas existen fuera de la mente*, basta examinar tales duplicados y convencerse que ellos exigen *la existencia real de los cuerpos*. El sentido realista de la cuestión es aquí indiscutible y todavía más si se considera la otra cuestión tratada en la misma 6ª Meditación, a saber, si las percepciones de las cosas son distintas de las alucinaciones; aun-

²⁶ Verneaux, «Les sources cartésiennes et kantiennees de l'Idéalisme français», 122.

²⁷ Finance, J. de «Cogito cart. et...», XVI, 198.

²⁸ Id. 199.

²⁹ Verneaux, «Les sources cart...», 119.

³⁰ Hamelin, «Le système de Descartes», 246.

³¹ Delbos, «La Philosophie française», 37 ss.

³² Hamelin, «Le système de Descartes», 250.

que el autor hubiera dado una solución idealística como cree Hamelin³³, ello es prueba de que todo el problema giraba al rededor de la *realidad existencial* de los cuerpos. Así, la cuestión cartesiana eminentemente ontológica, adquiere el mismo sentido que en Aristóteles y Santo Tomás, como concluye la reciente obra de Alquié³⁴; se trataba pues, para el autor de las Meditaciones, de saber si las cosas existían o no realmente; es decir, se ventilaba el problema de la *existencia*, no de la mera esencia, como creyera Gilson³⁵, que considera a Descartes el discípulo de Suárez! preocupado únicamente de la esencia.

Según lo dicho cabe preguntar: *¿es Descartes realista o idealista tocante a la existencia de los cuerpos?* Respondamos por partes:

a) Descartes no es idealista convencido.

Su idealismo fue *provisorio* y si se quiere paradójico³⁶; llegó al realismo *pasando por* el idealismo, como decía Brunschwig³⁷; ni pretendió ser idealista. afirma Hamelin³⁸; y más adelante: «cualquiera que haya sido la conclusión a que hubiera tenido que llegar lógicamente, él (Descartes) de hecho probó la *existencia de las cosas fuera del espíritu*; el idealismo no se le presentó como *verdad* sino como *posibilidad*, y ésto precisamente le hizo comprender que se imponía hacer un examen filosófico sobre la existencia de los cuerpos».

b) Descartes no es idealista empírico.

El mismo Hamelin³⁹ recrimina a Kant el haber llamado a Descartes idealista empírico; en la refutación del idealismo Kant no atribuye ciertamente esta doctrina a Descartes, sino adoptando otra nomenclatura lo califica de idealista problemático; lo mismo vale de la primera edición de la Crítica, cuando por ejemplo en los Paralogismos⁴⁰, divide el idealismo en dogmático y excéptico, el cual viene a coincidir con el problemático de la Refutación.

³³ Id., 238.

³⁴ Alquié, «La découverte métaphysique de l'homme chez Descartes», 166 ss.

³⁵ Cit. id. 131-132; cfr. allí mismo la refutación a Gilson.

³⁶ Delbos, «De Kant aux postkantians», 134.

³⁷ cit. id. 139.

³⁸ Hamelin, «Le système de Descartes», 235.

³⁹ id. 241.

⁴⁰ A. 377 s.

Es de interés hallar si el idealismo refutado por Kant es en verdad el idealismo empírico o no, porque en caso afirmativo la refutación tomaría un sentido netamente idealista ya que se trataría de probar solamente que *los fenómenos extensos* se perciben directamente como los inextensos; se trataría pues de probar no la realidad existencial de los cuerpos, sino la realidad de los fenómenos como percibida inmediatamente. El *idealismo empírico* o material, según Eisler ⁴¹, sostiene que la existencia de los objetos en el espacio es dudosa o falsa *apariencia* («Schein»); la refutación de un tal idealismo sería mostrar que la misma certeza existe para los fenómenos internos como para los externos; en su lugar se discutirá el valor de la distinción entre fenómeno y mera apariencia; baste por el momento tener presente que las pruebas aducidas por los idealistas en favor de su interpretación, se basan ⁴² en la doctrina del 4º Paralogismo, que fue *totalmente suprimido* en la segunda edición de la Crítica por prestarse muchas de sus afirmaciones a una interpretación idealista; aquí precisamente contraponía Kant su doctrina al idealismo empírico y de ahí que los intérpretes idealistas se esfuercen por identificar la Refutación con la crítica de los Paralogismos; la refutación así considerada, no trataría de la existencia real de las cosas, sino solamente de probar la solidaridad de la experiencia externa con la interna, es decir, se reduciría a mostrar ⁴³ que yo no puedo tener la experiencia de los fenómenos internos sin tener la de los externos y por lo tanto nada diría de la existencia de realidades fuera de mí en un sentido ontológico.

Sin embargo no es ésta la orientación del problema en la refutación del idealismo, porque Descartes mismo no sostuvo el idealismo empírico; así puede verse claramente en varios pasajes como el de una respuesta a Gassendi ⁴⁴, en donde los *fenómenos son reales* aun antes de recurrir a la Veracidad divina, cuando la realidad de las cosas necesitaba del recurso a Dios como se ha visto antes.

⁴¹ Eisler, R. «Worterbuch der philosophischen Begriffe» II, 673.

⁴² Cfr. infra 2ª Parte; este grave cargo que se dirige a **Lachière-Rey**, vale también para **Caird** (Cfr. su «The Critical philosophy of Immanuel Kant», I, 609 s).

⁴³ **Lachière-Rey**, «L'idéalisme kantien»; 62-71; **Cohen**; «Kants Theorie der Erfahrung» cap. IX; **Cassirer**, «Das Erkenntnisproblem in der Philosophie und Wissenschaft der neueren Zeit», II, 659, ss.

⁴⁴ cit. **Chevalier**, «Descartes», 313.

c) Descartes es idealista problemático.

Se desprende de lo dicho y es la posición firme del filósofo. Para Gassendi ⁴⁵ la existencia de las cosas era evidente, lo que Descartes niega rotundamente ⁴⁶ y busca un argumento que si quiera indirectamente concluya con necesidad tal existencia; de ahí que antes de llegar a su conclusión opte por una actitud *idealista puramente hipotética* o de mera teoría; con razón pues, reconoce Hamelin ⁴⁷, el autor de la Crítica puede calificar la doctrina cartesiana de *idealismo problemático*. Para Kant la actitud cartesiana merece todo encomio como «sistema racional y conforme a una manera de pensar sólida y filosófica que no permite juicio alguno decisivo antes de haber encontrado prueba suficiente» ⁴⁸; ya en los Paralogismos ⁴⁹ había dicho de ese idealista que era «benefactor de la razón humana, porque nos obligaba a abrir los ojos».

Delbos ⁵⁰ tacha a Kant de inexactitud por atribuir a Descartes en el texto de la refutación un *idealismo materialista*, no como sinónimo del empírico, pues ya quedó excluido en el número anterior, sino como doctrina que tiene *la existencia de las cosas por dudosa y por indemostrable*. Descartes ciertamente dudó de la existencia de las cosas, pero se debe notar bien que esta duda sólo existe como *previa* a la demostración que le dará una certeza plena; más aún, Descartes jamás tuvo la existencia de las cosas como *indemostrable* y dejó una prueba contundente que concluía necesariamente la existencia de las cosas ⁵¹. Además, *indemostrable* no tiene en la refutación kantiana el sentido que inculpa Delbos, porque al definir «in obliquo» un poco más adelante ⁵² el idealismo problemático, dice Kant que dicho idealismo «no alega sino la impotencia de probar, mediante una experiencia inmediata, la existencia de algo fuera de nosotros...» Este parece ser el mismo sentido de todo el párrafo 49 de los Prolegómenos ⁵³, donde

⁴⁵ **Descartes**, «Quintae Objectiones» in VI Med., A. T. VII, 261 ss. y «Respons.», 384 ss.

⁴⁶ *ib. cfr.* también VIa Med. A. T. VII, 71 ss.

⁴⁷ **Hamelin**, «Le système de Descartes», 236.

⁴⁸ B. 275.

⁴⁹ A. 377.

⁵⁰ **Delbos**, «De Kant aux postkantians», 178.

⁵¹ **Descartes**, «Sexta Meditatio» A. T. VII, 77.

⁵² B. 275.

⁵³ Ak. IV, 336 s.

opone su idealismo formal al material o cartesiano. Así pues, si el idealismo de Descartes se califica como problemático, si la existencia de las cosas para él es un problema, ello no quiere decir que lo tenga por insoluble o que niegue la existencia de los cuerpos o la ponga en duda definitiva, sino que declara tal existencia como imposible de demostrarse por una experiencia inmediata y que por lo tanto se debe resolver mediata o *indirectamente*; de ahí que:

d) Descartes termina en un realismo indirecto.

Es el término único a que puede llegar el desenvolvimiento de las doctrinas ya expuestas; ni es contradictoria la posición cartesiana (idealismo problemático-realista), sino que una fluye de la otra; porque si el idealismo problemático dice a Descartes que no puede cerciorarse de la existencia de los cuerpos sino indirectamente, el realismo indirecto le confirma esa vía. No hay para qué examinar aquí el reproche que se hace a Chevalier⁵⁴ por afirmar que Descartes es realista, dando como razón que el autor de las Meditaciones atribuye a la idea una realidad objetiva; ese realismo no viene al caso, si se tiene en cuenta el sentido en que se ha venido exponiendo la sentencia cartesiana y la conclusión que se va desprendiendo a cada paso, a saber, que *la cuestión no se plantea sobre la realidad objetiva de las ideas acerca del mundo externo, sino sobre la existencia real de ese mundo*; en otros términos: no sólo *el problema se plantea realísticamente*, como ya lo hacía Berkeley⁵⁵, es decir versa sobre una realidad ontológica, sino que además *se resuelve en sentido realista*; aquí llegó Descartes mediante su idealismo problemático. Urgido a encontrar una prueba de la existencia de las cosas, como su «Cogito» le cerraba toda *vía directa*, recurrió a la deducción, con la ayuda del principio de razón suficiente, arguyendo que toda realidad si no está más que objetivamente en nuestras ideas, debe hallarse formalmente en su causa; como por otra parte, dicha causa no somos nosotros ni Dios, tiene que ser la cosa externa. Con razón pues, tal realismo se llama *indirecto*⁵⁶.

⁵⁴ Verneaux, «Les sources cartésiennes et kantienne de l'idéalisme français», 132.

⁵⁵ Cfr. supra § 1.

⁵⁶ Delbos, «De Kant aux postkantians», 178.

e) La doctrina del «Cogito», raíz de su idealismo y de su realismo.

Si Descartes conoce con certeza la realidad del «no-yo» o mundo exterior y si este problema asumió en él un sentido netamente realista, su doctrina acerca del «Yo» tiene que presentar un carácter marcadamente ontológico; así es, en efecto: el «Cogito», punto de partida, al pasar del orden ideal al existencial no sale del interior del pensamiento y por eso mismo justifica la existencia del Sujeto del juicio «Yo», no del objeto⁵⁷; de ahí que el sér garantizado por el «Cogito» no sea un fenómeno, sino el propio sér de nuestro pensamiento en cuanto es acto y en tanto que nos conocemos como pensamiento⁵⁸. Lachièze-Rey⁵⁹ califica el pensamiento cartesiano de idealismo acerca del no-yo y del Yo; todo ello porque según el autor, el «Cogito» no desborda el instante pues no se admite la intemporalidad de la verdad⁶⁰. Aun admitiendo las razones de Lachièze-Rey, que —dicho sea de paso— no todos admiten⁶¹, esa conclusión sería la lógica consecuencia de los principios cartesianos, pero no la sentencia positiva de Descartes, a quien se le reconoce haber dejado expresamente afirmada la modalidad existencial del yo que no es pura «cogitatio» reemplazada por la «res cogitans», como desgraciadamente interpretan algunos⁶², o un mero fenómeno, sino una realidad ontológica. No se pretende con esto negar aquí el idealismo de Descartes; no cabe duda que el Padre de la filosofía moderna sustituyó el principio objetivo de Santo Tomás⁶³ por el «Cogito», reflexión subjetiva que llevaba en sí el germen idealista⁶⁴.

A pesar del método idealista, la doctrina explícita de Descartes —prescindiendo de que sea lógica o ilógica— es ontológicamente realista, no sólo cuanto al Yo, sino también cuanto al no-Yo.

⁵⁷ Verneaux, «Les sources cartésiennes et kantiennees de l'Idéalisme français», 87.

⁵⁸ Hamelin, «Le système de Descartes», 125 ss.

⁵⁹ Lachièze Rey «L'Idéalisme kantien», 24 ss.

⁶⁰ id. 18 ss.; cfr. infra P. 2^a.

⁶¹ Como ejemplo se podrían citar Alquié «La découverte métaphysique de l'homme chez Descartes», 189 ss.; Daval, «La Métaphysique de Kant», 46.

⁶² Cfr. Alquié «La découverte métaphysique de l'homme chez Descartes», 158 en donde se dilucida la cuestión.

⁶³ Aquino, Sto. Tomás de «De Veritate», Q. 2, a. 2.

⁶⁴ Cfr. Vallet «Le kantisme et le Positivisme», 15 ss.; Verneaux, «Les sources cartésiennes et kantiennees de l'Idéalisme français», 105, ss.

Más aún, es cosa averiguada y fuera de toda duda, que para el autor de las *Meditaciones*, las ideas de los cuerpos son causadas por las cosas y corresponden a una substancia material. Todavía más: cuando Hiperaspistes le objeta que si las ideas pueden ser producidas por el hombre, es imposible saber aunque medie la Veracidad divina, si existe o no algo correspondiente a ellas, Descartes le responde: «non enim rerum materialium existentium ex eo probavi, quod earum ideae sunt in nobis, sed ex eo quod nobis sic adveniant ut simus conscii non a nobis fieri sed aliunde advenire»⁶⁵. Realismo éste de sello netamente ontológico que nos lleva a concluir con Delbos⁶⁶, que no obstante los principios idealistas desarrollados en un método y forma típicamente racionalista, Descartes profesa acerca del mundo externo un realismo bien explícito y no admite, ni siquiera por un instante, que la representación de las cosas, bien sea inteligible, bien sea sensible, constituya su existencia.

f) Resultados.

En resumen de lo dicho, se puede afirmar que la cuestión cartesiana explícitamente no considera la existencia de simples fenómenos externos, sino la existencia de las cosas que corresponden a nuestras percepciones. La cuestión crucial para Descartes se concreta en saber si las ideas de las cosas externas, las que se pueden llamar fenómenos en nomenclatura leibniziana conforme con la 6ª Meditación⁶⁷, poseen además de su realidad empírica o utilidad para nuestra vida práctica, una correspondencia ontológica con la cosa-en-sí. Descartes, como queda demostrado, se decidió en este punto por una afirmación categórica; es decir planteó un problema ontológico y lo resolvió en sentido realista. Según Hamelin⁶⁸, Descartes supera a Kant en plantearse y resolver el problema de la cosa-en-sí, mientras que el filósofo alemán ni siquiera lo toca por presuponerlo. Este severo juicio concuerda en su primera parte con las conclusiones del presente estudio; sin embargo no es exacto que Kant presuponga y no trate el problema de la cosa-en-sí, como quieren los intérpretes idealistas de la retutación; todo el presente estudio va enderezado a mostrar que pre-

⁶⁵ Descartes, A. T. III, 428-429.

⁶⁶ Delbos «La Philosophie Française», 42.

⁶⁷ Cfr. Hamelin «Le système de Descartes», 238.

⁶⁸ id. 246.

cisamente el problema cartesiano es el nudo y punto central de la refutación, que no se cambia el problema ontológico de Descartes (la existencia de las cosas externas), sino que se refuta el modo de resolverlo por medio del realismo indirecto. Entonces, más bien habría que decir que Kant superó a Descartes mostrando que la prueba de éste no valía, mediante un retorcer el argumento cartesiano y probando por su parte que las cosas existían fuera de nosotros. Solamente al fin del presente estudio se podrá determinar si Kant obtuvo ambas cosas con éxito; bastaría con la primera, como se verá, para que se pueda afirmar que superó a Descartes.

§ 3 — CONCLUSION

Si el problema de Descartes no se sitúa en un plano ontológico (la existencia real de las cosas), se debería decir que la refutación del idealismo cartesiano consiste, como quieren los intérpretes idealistas⁶⁹, en probar que la experiencia interna presupone un permanente fuera de nosotros el cual no es sino *pura construcción ideal del yo* y que se llama mundo externo. Según esa interpretación, al problema cartesiano planteado y resuelto en términos realistas de contenido ontológico, Kant contestaría tergiversando el problema que ya no se enderezaría a probar una realidad ontológica sino el término de un proceso subjetivo; Descartes probaba que sólo indirectamente se adquiría certeza de la existencia real de los cuerpos, Kant le refutaba diciendo que se podía tener experiencia inmediata o certeza directa, no de la existencia real de los cuerpos (1) sino de los fenómenos externos. ¿Quién no ve en una tal refutación la más crasa «ignorantia elenchi»? Kant no habría entendido la doctrina del adversario a quien quiso refutar. Es tan obvia la conclusión, que se nota en los comentaristas idealistas cierta laguna o vacilación tocante a la doctrina refutada. Para M. Lachièze-Rey⁷⁰ el adversario de la refutación ve los fenómenos como cosas-en-sí y sin embargo poco antes⁷¹ considera la doctrina cartesiana de un contenido realista; quizás se deba ello a que no se incluye a Descartes como el adversario genuino refutado por Kant⁷².

⁶⁹ Fischer, «Immanuel Kant und seine Lehre», I, 478 s.; Caird «The critical philosophy of Immanuel Kant», I, 627 ss.; Cfr. infra P. 2ª., nuestro juicio sobre la teoría de Lachièze-Rey.

⁷⁰ Lachièze-Rey, «L'idéalisme Kantien», 72.

⁷¹ id. 68-69 n.

⁷² id. 74 ss. y especialmente 90.

Considerados en conjunto los dos adversarios típicos de la Refutación, Berkeley y Descartes, se concluye de lo dicho que ambos en última instancia se enfrentan con la misma cuestión: la realidad existencial de las cosas. Y no es baladí una tal coincidencia, antes de sumo interés, observa Windelband⁷³, ver cómo el realismo extremo francés de Descartes y el nominalismo inglés de Locke y Berkeley, vienen a coincidir, si bien por distintos principios y raíces, en la tesis sobre la certeza acerca de la existencia de las cosas, que para uno era dudosa y para otro falsa; todo ello porque ambos partían del «Cogito» que no cerciora sino de la existencia del propio yo —para Berkeley la existencia de la cosa pensante era indudable—⁷⁴; en consecuencia de lo cual, a la existencia de las cosas materiales no le quedaba sino la duda o la negación.

La división del *idealismo materialista* en dogmático y problemático, observa Riehl⁷⁵, no es porque los principios de ambos sean opuestos —se acaba de ver que coinciden en el «Cogito»— sino sólo porque el uno termina en la duda y el otro en la negación de la cosa en-si; en cambio, la oposición del *idealismo formal* o crítico al idealismo materialista, sí es oposición de principios, como lo muestra la misma estructura de la refutación que consiste en retorcer el argumento de Descartes, su «Cogito»; lógicamente los principios del idealismo materialista llevaban a afirmar, explícitamente en Berkeley y virtualmente en Descartes, que con meras afecciones subjetivas se podía construir el mundo espacial; es precisamente lo que refuta Kant, demostrando que se necesita un elemento extrasubjetivo, como se verá más adelante⁷⁶.

Que se ponga en duda o se niegue la existencia de las cosas, o como dice Kant⁷⁷ «que se desee o exija una prueba de la realidad del mundo externo, es el gran escándalo de la filosofía».

Contra este gran escándalo de la filosofía se propone el autor de la Crítica demostrar un teorema que vindique la existencia de las cosas externas.

⁷³ Windelband, «Lehrbuch der Geschichte der Philosophie», 404.

⁷⁴ Cfr. su realismo espiritual en Thennard: «Précis d'histoire de la Philosophie», 588 ss.

⁷⁵ Riehl, A. «Der philosophische Kritizismus», III, 129.

⁷⁶ Cfr. además Blunt «Rev. de Métaphysique et de Morale», 1904; 478.

⁷⁷ B. XXXIX nota.

II — EL PROBLEMA

Una objeción del idealismo contra el Segundo Postulado. Su réplica en las correcciones a la Primera edición.

La refutación kantiana es un ataque directo contra los idealistas dogmáticos y problemáticos; lo cual demostraría de por sí que la Crítica de la razón pura no sólo está exenta de todo idealismo subjetivista o absoluto, sino además que la teoría kantiana incluye en sí principios sólidos para refutarlos; por lo menos esa es la intención de Kant al añadir el teorema anti-idealístico. Decir si obtuvo o no dicho fin, toca a la conclusión de nuestra tesis.

El capítulo anterior ha clarificado cuál es la posición exacta del adversario refutado por Kant: el problema, se concluía allí, consistía lo mismo para Berkeley que para Descartes, en determinar si a los fenómenos subjetivos correspondía un mundo objetivo, o sea *si realmente existía un mundo corporal*; así planteado, el problema venía a resolverse por un idealismo que era dogmático en uno y problemático en otro. El problema pues, para el adversario trataba de un contenido real, ontológico. *¿Entendió Kant en ese mismo sentido el problema?* El capítulo anterior se había decidido por la afirmativa ya que no queríamos inculpar a Kant aquella crasa «ignorantia elenchi», y el presente estudio será una confirmación de lo mismo; de suerte que, si allí analizando los adversarios se pudo hallar en qué sentido planteaban el problema, ahora estudiando el problema mismo se hallará que el autor de la refutación lo entendió tal y como se lo proponían los adversarios. A decir verdad, no bastó probar que los adversarios plantearon un problema realístico y que el autor de la Crítica lo entendió en esa forma; pudo haber acaecido que en el desenvolvimiento mismo de la refutación, el problema se hubiera soslayado insensiblemente, por la lógica de los principios, hacia un idealismo; esta cuestión central sólo se podrá solucionar en la conclusión del presente trabajo; un primer paso hacia allá es el presente capítulo que investiga cómo o en qué sentido se planteó Kant el problema mismo de la refutación.

Es ya de por sí sumamente significativo, al mismo tiempo que demuestra la clave de la cuestión discutida, *el sitio que ocupa la refutación del idealismo en la Crítica*. Esta situación es peculiar

porque el teorema contra el idealismo quedó insertado en el desarrollo y explicación del 2º Postulado, formando así una como especie de corolario a dicho principio. Prueba de ello es no sólo el sentido global de la refutación enmarcado en el postulado, como se verá, sino además el tenor mismo del texto kantiano que concluye la exposición misma del principio diciendo: «Pero el idealismo opone una fuerte objeción contra las reglas que prueban la existencia mediata y es por lo tanto aquí naturalmente donde se debe colocar su refutación»⁷⁸.

Queda así identificado el problema de la refutación con las conclusiones del 2º Postulado, así que el sentido que se le atribuya a éste, necesariamente influirá en la interpretación del teorema contra los idealistas; se impone pues, un examen sobre el sentido del 2º Postulado.

Los principios sintéticos a priori que formulan las condiciones trascendentales con que un objeto de experiencia es posible, reciben en la Crítica el nombre de *Principios del entendimiento puro*; entre éstos se enumeran los *Postulados del pensamiento empírico en general* que corresponden a las categorías modales y que «no son —observa Kant⁷⁹— sino aclaraciones de los conceptos de la posibilidad, de la realidad actual («wirklichkeit») y de la necesidad en su uso empírico y al mismo tiempo son también las restricciones de todas las categorías al uso simplemente empírico sin que se admita o permita el uso trascendental»; en otros términos los Postulados determinan las condiciones requeridas para que a una categoría dada le corresponda un objeto posible, real o necesario. Y ello es obvio, porque no teniendo las categorías sino *valor simplemente lógico*⁸⁰, para que se puedan relacionar a las cosas y a sus diferentes estadios de objetividad (posibilidad, realidad, necesidad) «es preciso que se apliquen a la experiencia posible y a su unidad sintética, única en que son dados los objetos del conocimiento»⁸¹. Se deja adivinar la trascendencia de este aserto con que se restringe el uso de los postulados y que no es sino la aplicación del resultado obtenido en la deducción trascendental de las categorías⁸²; no es éste lugar oportuno, dada la

⁷⁸ B. 274.

⁷⁹ B. 266.

⁸⁰ B. 267.

⁸¹ *ib.*

⁸² *passim* y especialmente B. 166.

índole del trabajo, para discutir esta doctrina-clave que caracteriza al idealismo crítico convirtiéndolo en realismo empírico⁸³ y marcándolo con el nefasto sello del agnosticismo; claro que la conclusión general del presente estudio tendrá que tener en cuenta un punto tan primordial; por el momento se puede prescindir, más aún se puede dar como probado el uso exclusivamente empírico de los postulados, para descubrir con exactitud el contenido de los mismos según la mente de Kant. Ni tampoco se hace necesario estudiar todos los Postulados, basta con desentrañar el sentido del Segundo, que directamente considera la refutación del idealismo.

Los términos en que define la Crítica el Segundo Postulado son ya de por sí bien explícitos:

«El postulado que sirve para conocer *la realidad de las cosas*, exige una *percepción* y por consiguiente, una *sensación acompañada de conciencia*»⁸⁴.

Es decir, que el objeto de un concepto no se puede tener por *real-actual (wirklich)*, si no media una percepción. Y si se objetara que el concepto *ficticio* está sacado de percepciones sin que por eso sea real, se responde⁸⁵ que si bien el material de la ficción está sacado de la experiencia, sin embargo *su conexión* no es sacada de la experiencia sino arbitrariamente, en lo cual precisamente se distingue el concepto actual-real del ficticio⁸⁶. La mejor garantía para conocer la existencia o realidad actual de un objeto del conocimiento, es la experiencia; en otras palabras, para que un objeto se pueda decir real-actual no basta que concuerde con las condiciones *formales* de la experiencia, es decir que sea posible, sino además se requiere que concuerde con las condiciones *materiales* de la misma; así pues, todo lo que está conectado con las condiciones materiales de la existencia (sensaciones) es *actual-real*, existe.

Con razón se apresura la Crítica a prevenir una mala inteli-

⁸³ Cfr. Verneaux «Les sources cartésiennes et kantiennees de l'Idéalisme français», 376 ss.

⁸⁴ B. 272 «Das Postulat, die **Wirklichkeit** der Dinge zu erkennen, fordert **Wahrnehmung**, mithin Empfindung, deren man sich bewusst ist; zwar nicht eben unmittelbar von dem Gegenstande selbst, dessen Dasein erkannt werden soll aber doch Zusammenhang desselben mit irgend einer wirklichen Wahrnehmung nach den Analogien der Erfahrung, welche alle reale Verknüpfung in einer Erfahrung überhaupt darlegen».

⁸⁵ id. 273.

⁸⁶ Cfr. Prichard, «Kant's Theory of knowledge 310-311.

«gencia: «no es que exija (el Segundo Postulado) que se tenga conciencia inmediata del objeto mismo cuya existencia se ha de conocer, sino que exige que este objeto concuerde con cualquier percepción real, conforme a las analogías de la experiencia que representan todo enlace real en una experiencia en general»⁸⁷.

Por otra parte, es de advertir que *la realidad-actual* («Wirklichkeit») garantizada por la percepción en el Segundo Postulado y que pertenece a la categoría de modalidad, se debe distinguir de la *realidad* simplemente tal («Realität»), la cual pertenece al grupo de las categorías de cualidad y determina un sér en el tiempo que puede admitir grados desde la plenitud de la realidad hasta el cero que es la *negación* de la realidad⁸⁸; el Segundo Postulado no trata de esta última sino de la realidad-actual que no admitiendo grados *dice simplemente si el objeto existe o no*.

Ya antes, en el período precrítico, cuando examinaba el argumento único para probar la existencia de Dios, Kant insistía en que *la existencia no es predicado* o determinación de la cosa, porque —se argüía allí⁸⁹— una cosa existente no encierra más predicados que los de una posible. *Esta concepción realista de la existencia* que denuncia huellas de Hume⁹⁰ y que se opone de plano al racionalismo, no fue abandonada por Kant en la Crítica⁹¹ y por lo tanto la doctrina del Segundo Postulado se opone a la interpretación que lo reduzca a mero manipuleo de conceptos.

Por otro capítulo más aparece el contenido realista del postulado; es observación de Zeller⁹², que en los principios del entendimiento aparece claramente el papel que desempeña, así *la actividad* de nuestro entendimiento, como *la materia* del conocimiento; este dualismo insustituible de las fuentes del conocimiento según la filosofía kantiana y que perdura como uno de los elementos claves del sistema, tenía ya desde un principio⁹³ un sentido genuinamente realista. Las sensaciones no se consideraban como hechura del sujeto, sino que necesariamente se referían a un objeto

⁸⁷ B. 272 (el texto alemán lo acabamos de dar en su contexto).

⁸⁸ B. 106 ss.

⁸⁹ *Der einzig mögliche Beweisgrund zu einer Demonstration des Daseins Gottes*» Ak. II, 63 ss.

⁹⁰ Cfr. **Maréchal** «Le point de départ de la Métaphysique» III, 27 ss.

⁹¹ Cfr. **Eisler**, R. «Kant-Lexikon» palabras Wirklichkeit, Existenz etc. . .

⁹² **Zeller**, «Geschichte der deutschen Philosophie seit Leibniz», 352.

⁹³ Cfr. «Dissertatio» Ak. II, 392-397.

independiente de aquel; exactamente el mismo elemento que se hallará más adelante en la exégesis de la Refutación.

No hay que pensar que la presente interpretación realista del Segundo Postulado es exótica; autoridades indiscutibles en la exégesis kantiana como lo es Vleeschauwer autoriza dicho sentido realista⁹⁴, y Kemp Smith⁹⁵ se indigna contra los que tergiversan el significado del Segundo Postulado para poder atribuir a la refutación del idealismo un sentido subjetivista cuando precisamente aparece como una réplica a las objeciones que los idealistas lanzaban contra ese postulado. La misma mente de Kant al explicar dicha doctrina parece favorecer la interpretación realista: la realidad empírica de una cosa cuando no se la percibe inmediatamente, como en el caso de la substancia magnética, se puede —nos dice— «conocer su existencia a condición de que concuerde con algunas percepciones según los principios de su enlace empírico (las analogías). Porque entonces la existencia de la cosa está ligada a nuestras percepciones en una experiencia posible y por lo tanto podemos, siguiendo el hilo conductor de estas analogías, llegar a la cosa en la serie de las percepciones posibles partiendo de nuestra percepción real»⁹⁶.

Si a una tal doctrina que declara poderse conocer la existencia de una substancia imantada aunque no se la perciba inmediatamente, se le enfrenta como adversario el idealismo que niega la posibilidad de conocer la existencia de un mundo material, no se ve cómo pueda sacarse de ahí un sistema en que todos los elementos del conocimiento salen de la espontaneidad del sujeto. Por querer hallar concordancias y doctrinas progresivas en el pensamiento de Kant, observaba alguien⁹⁷, se ha llegado a suprimir puntos centrales de su sistema.

La doctrina del Segundo Postulado en último término presupone y confirma la diferencia entre *pensar* un objeto y *conocerlo* como real-actual, lo cual viene a ser una inmediata, o al menos mediata relación de la representación de ese objeto con las condiciones materiales de la experiencia, las sensaciones. Dicha oposición entre pensar y conocer, imprime al postulado un carácter

⁹⁴ **Vleeschauwer** «La déduction transcendentale dans l'œuvre de Kant», II, 564 ss., III 60, 61.

⁹⁵ **Kemp Smith** «A commentary to Kant's critique of pure reason», 321.

⁹⁶ B. 273.

⁹⁷ **Kemp Smith**, ib.

realista y precisamente el texto mismo de la refutación recalca más dicho elemento realista ⁹⁸.

Frente a estas conclusiones, no pueden considerarse menos que artificiales las tentativas de los idealistas marburgenses, como Cohen ⁹⁹, por interpretar el Postulado como una ley de la conciencia en que ella misma se desdobra o proyecta («projicirt») hacia lo externo, el cual a su vez no es un mundo independiente, sino el producto de la misma. Tampoco hay que negar totalmente que la doctrina de Kant favorezca en muchas partes un tal idealismo; más adelante se mostrará *la bivalencia* del sistema kantiano y también se reconocerá el papel primordial, *pero no exclusivo*, con que entra en el Criticismo el sujeto constructor; sin embargo, todo ello no quita la conclusión del presente capítulo: el Segundo Postulado y por consiguiente su aplicación que es la refutación del idealismo, incluyen un realismo marcado, tratan de una realidad existencial, coinciden con el problema planteado por el adversario.

Siendo la refutación un corolario del Segundo Postulado, no sólo ella recibe de éste una significación realista, sino que lo refuerza demostrando que tiene un sentido anti-idealista, en función mutua; si entonces el Postulado trata de la existencia real, la refutación prueba a Descartes que el mundo material existe realmente; por consiguiente, si el postulado exige como garantía de la existencia una percepción, la refutación prueba la existencia del mundo mediante la necesidad de percibir un permanente.

Benno Erdmann, quien propugna decididamente por una interpretación realista del Postulado, llama ¹⁰⁰ significativo, el hecho de haber insertado Kant su refutación del idealismo no ya en los Paralogismos de la Primera edición que atribuía a los idealistas el hipostatizar los fenómenos externos, sino en el Segundo Postulado que los considera como adversarios por independizar, de la existencia de las cosas nuestra conciencia empírica; por eso opinamos con el mismo autor ¹⁰¹, que el fin de la refutación es probar más directa y explícitamente la existencia de las cosas y con eso «quitar —como dice el Prefacio a la Segunda Edición ¹⁰²— las

⁹⁸ B. 146 y *passim.*; cfr. *infra* P. 2^o.

⁹⁹ Cohen, H. «Kants Theorie der Erfahrung» 483-493.

¹⁰⁰ Erdmann, B. «Kants Kritizismus in der 1ten. und in der 2ten. Auflage der Kritik der r. V., 202 ss.

¹⁰¹ *id.* 204.

¹⁰² B. XXXVII.

dificultades y oscuridades de donde pueden nacer muchas malas interpretaciones» acerca del Segundo Postulado, en particular. Por lo demás, existe un paralelismo interesante entre la Estética y la Analítica: aquella, en la Segunda edición, exige que se contrapongan sus conclusiones a las del *idealismo inglés*¹⁰³, y ésta, la Analítica, en un pasaje típico de la edición corregida, compara sus conclusiones con las del *idealismo de tipo leibniziano*; con razón pues, se considera¹⁰⁴ la refutación del idealismo como la conclusión de la Analítica trascendental; y puesto que ésta había concluido en que se había de admitir una dualidad primitiva, materia y forma en el conocimiento, la refutación serviría para hacer resaltar este dualismo típicamente realista¹⁰⁵. En esta forma y por otro camino, se viene a confirmar el contenido realista del Postulado.

Ni sorprende que Kant asevere de esta parte de la Crítica ser «el sitio más apropiado»¹⁰⁶ para insertar su refutación del idealismo, convirtiéndola en una aplicación concreta del 2º Postulado, que enseña no poderse determinar la realidad actual de un objeto, si no se hallaba conectada con las condiciones materiales de la experiencia, es decir, con las sensaciones.

El Segundo Postulado, como los demás principios del entendimiento, al esbozar las líneas fundamentales de los objetos en el campo del sér¹⁰⁷, señala nítidamente la parte que le toca tanto a la actividad intelectual como a la materia del conocimiento¹⁰⁸. En esa forma, dicho principio denota patentemente las dos fuentes irreductibles del proceso cognoscitivo, las cuales enseñadas por nuestro filósofo con una insistencia casi redundante, vienen a demostrar la existencia de una realidad que corresponde a los sentidos, los afecta, se les da como distinta e independiente de la facultad constructora. Ahora bien, si el principio como tal, es de claro contenido realista, su aplicación, que es el *argumento contra el idealismo*, debe gozar de la misma índole.

La fuerza de nuestra argumentación en favor de un significado realista para el 2º Postulado y su corolario, alcanza todo su va-

103 B. 66 ss.

104 Erdmann, J. E., «Grundriss der Geschichte der Philosophie»; 336.

105 Cfr. infra, Parte 2ª.

106 B. 274.

107 Hirschberger, «Geschichte der Philosophie», II, 272.

108 Zeller, «Geschichte der deutschen Philosophie seit Leibnitz», 352.

lor cuando se demuestra el carácter inconfundiblemente anti-idealista de la Segunda edición de la Crítica, lo cual por cierto no es tarea difícil.

En efecto, las adiciones y supresiones verificadas en la Primera Crítica, revelan una fraseología y una intención tan abiertamente realista, que sería temeridad no reconocer una preocupación casi obsesionante en Kant por evitar el sentido idealista en su Crítica. La historia de la Segunda edición nos lo atestigua.

La Primera Crítica aparecida en 1781 contenía expresiones tan revolucionarias y muchas veces oscuras por lo inusitadas en filosofía, que a juicio de Hamann¹⁰⁹ se hacían ininteligibles; tan difícil al acceso de los recensionistas, que nadie se atrevía a juzgar esa obra enigmática, así que hasta el año siguiente no apareció el primer juicio en «Göttingische gelehrten Anzeigen», que redactado por Garve, pero acortado y retocado por Feder, debido a la angustia de espacio, apareció como anónimo, lo que enojó sobre manera a Kant. Allí se decía¹¹⁰ que la Crítica convertía al mundo y a nosotros mismos en representaciones, dándoles a los objetos los fenómenos por origen, cuando por otra parte, la causa de las representaciones era desconocible y desconocida; «la Estética trascendental, se decía, viene a concluir en la misma manera que el idealismo de Berkeley»; así venía a renovarse la objeción que contra la Disertación de 1770 habían hecho Lambert, Sulzer y Mendelssohn, porque si los cuerpos en el espacio, arguían, son meras representaciones que existen «dentro de nosotros», su realidad «fuera de nosotros» se desvanece en pura ilusión.

Lo más grave, observa Vleeschauwer¹¹¹, para el anti-dogmatismo kantiano, fue la casi unánime interpretación en sentido idealista de la Primera Crítica; Mendelssohn estaba de acuerdo con Feder, Meiner, Pistorius, Tittel y otros, de que la distinción entre «Schein» y «Erscheinung» era un mero juego de palabras que convertía el conocimiento en fantasía subjetiva; estaban de acuerdo con Schlosser en llamar al criticismo «fábrica de formas»¹¹².

¹⁰⁹ Erdmann, B. «Kants Kritizismus in der 1ten. un in der 2ten. Auflage der Kritik der r. V.», 85.

¹¹⁰ id., 86-88.

¹¹¹ Vleeschauwer «La déduction transcendente dans l'oeuvre de Kant» II, 530.

¹¹² Se podría aludir además la lucha spinozista historizada en la citada obra de B. Erdmann pgs. 107 ss.

La indignación de Kant no toleró semejantes falsificaciones y se propuso contestar a los detractores: en los *Prolegómenos* se nota el empeño por recalcar el aspecto realista de su doctrina y así, suprime la afinidad que en la Primera edición dependía de la apercepción, hace que los juicios de percepción no sean determinados por factores intelectuales con lo que la sensibilidad nos pone en presencia de percepciones ya ordenadas, afirma la existencia de la cosa-en-sí, distingue enfáticamente su idealismo del de Berkeley y finalmente refuta tres veces al idealismo¹¹³.

La preocupación de Kant en los *Prolegómenos* fue refutar la concepción idealista que se formaron sus adversarios acerca de la Crítica, y ésta que es la conclusión del capítulo IV del «Kritizismus» de B. Erdmann, nos parece sólidamente probada.

Tan claras protestas contra el idealismo, deberían dejar en silencio a los adversarios, que siguieron insistiendo¹¹⁴ en el idealismo ilusionista de la Crítica; la indignación de Kant contra sus detractores subió de punto y varias veces en sus cartas prometió contestar, pero no lo hizo por falta de tiempo o porque sus amigos lo disuadieran. Afortunadamente por entonces la Primera edición de la Crítica se agotaba y el público pedía una segunda edición; Kant aprovechó la coyuntura y se puso en la tarea de revisar su Crítica para dilucidar las tergiversaciones de que era víctima; con razón pues, los intérpretes encuentran en ésta, un tinte marcadamente anti-idealista¹¹⁵ que se debería a instigaciones adver-

¹¹³ Las tres partes de los «Prolegómenos» anti-idealistas son: Ak. IV, 288-294 donde se afirma y establece categóricamente la existencia de la cosa-en-sí como también la distinción entre ilusión y apariencia-fenómeno; Ak. IV, 365 ss., apéndice que demuestra la distinción capital entre la doctrina de la Crítica y el idealismo de Berkeley; Ak. IV, 336 ss., clara refutación del idealismo cartesiano, la que muchos consideran como eslabón entre las doctrinas anti-idealistas de las dos Críticas.

¹¹⁴ Serían Mendelssohn y compañeros; cfr. Vleeschauwer, «La déduction transcendentale dans l'œuvre de Kant», II, 530.

¹¹⁵ **Kemp Smith**, «A Commentary to Kant's Critique of pure reason», 148. **Vleeschauwer**, «La déduction transcendentale dans l'œuvre de Kant», II, 553 ss. y también: «L'évolution de la pensée kantienne» 106 ss. si bien más adelante en esta misma obra p. 123 el autor descubre un constructivismo acentuado que será el punto de arranque para el O. P., con todo, confiesa que la tradición ha visto en la 2ª ed. de la Crítica un **realismo más firme**, que se manifiesta en la doctrina del fenómeno y en el recurso al dato intuitivo, «ese realismo, dice, oscurece el principio constructor e introduce una lucha sorda». Ya en su obra «La déd. transc.» III, 284 había declarado que la de-

sas ¹¹⁶. Este carácter de réplica a las objeciones de los adversarios y que viene reconocido aun por intérpretes idealistas ¹¹⁷ se confirma mediante un somero examen de las partes típicas retocadas en la segunda edición: 1) la adición a la Estética ¹¹⁸ donde se demuestra que el fenómeno no es mero «Schein», replica directamente a la recensión Garve-Feder, presupone claramente la existencia de la cosa-en-sí y recalca el empirismo fenoménico de la Crítica; 2) la total refundición de la deducción trascendental dirigida a mostrar ¹¹⁹ que su idealismo no es subjetivista como querían sus adversarios; 3) la introducción de una doctrina completa sobre el Yo que como se verá en la 2ª parte de nuestro estudio, presenta un aspecto marcadamente realista; 4) la adición y retoque de trozos en el peligroso capítulo ¹²⁰ sobre fenómeno y noumeno con lo que «se viene a afirmar decidida y nítidamente la existencia real de las cosas» ¹²¹. A todo lo cual conviene recordar que si la Primera edición probaba ¹²² que los objetos en el espacio eran mera representación, la refutación del idealismo en la Segunda demostró que el permanente no era mera representación; además, se acentúa en la Segunda, la necesidad del dato sensible ¹²³ y así mismo que la diversidad categorial sea condicionada por la diversa manera de ser dada la afección ¹²⁴; y por último, el problema crítico que en la Primera edición se planteaba en términos racionalistas, en la Segunda se pone en términos empiristas o realistas ¹²⁵. Con razón pues, B. Erdmann dedica el capítulo V de su «Kant's Kritizismus» a demostrar que las modificaciones de la Crítica llevan un fin polémico con pronunciada insistencia sobre la cosa-en-sí, el sentido interno y el Yo-en-sí.

ducción de la 2ª ed. exigía una espontaneidad **del sujeto**, constituyendo este elemento realista la verdadera **cruz** de la deducción.

¹¹⁶ **Vleeschauwer** «La déd. transc.» II, 560.

¹¹⁷ Cfr. por ej. **Fischer, K.** «Immanuel Kant und seine Lehre», 477 donde se atribuye a las malas interpretaciones la nueva doctrina de la 2ª. ed. sobre los fenómenos, etc.

¹¹⁸ B. 66 ss.

¹¹⁹ **Vleeschauwer** «L'évolution de la pensée kantienne», 112.

¹²⁰ B. 295 ss.

¹²¹ **Wundt, M.** «Kant als Metaphysiker. Ein Beitrag zur Geschichte der deutschen Philosophie in 18. Jahrhundert», 207.

¹²² A. 372, 373.

¹²³ Cfr. B. 146-157.

¹²⁴ B. 137 Cfr. la explicación realista de este pasaje en **Vleeschauwer**, «La déduction transcendentale dans l'oeuvre de Kant», III, 126 ss.

¹²⁵ Cfr. **Vleeschauwer** «l'évolution de la pensée kantienne, 120.

La conclusión es obvia: ¿tantas innovaciones que acusan índole marcadamente realista, no corroboran a que una de ellas, la refutación, sea interpretada en el mismo sentido?

Del presente argumento surge una grave cuestión: ¿es la Segunda edición de la *Crítica* una retractación de la Primera? Sería temeridad abordar tan difícil problema en pocas líneas; aquí sólo nos interesa traer, en breves enunciados, las conclusiones de los eruditos para reforzar la compatibilidad de nuestro argumento que podría interpretarse mal.

1) La Segunda Crítica no es una retractación de la Primera como pensaba Schopenhauer, en el fondo Kant nunca abandonó su realismo tradicional.

2) Se hace imposible creer, arguye Wundt¹²⁶ a propósito de la mudanza en sentido realista del capítulo sobre fenómeno y noumeno, que Kant se haya engañado por estas fechas cuando redactaba la 2ª edición de su *Crítica*, en un concepto tan básico para su doctrina.

3) Explícitamente dice Kant¹²⁷ no haber cambiado en la 2ª edición el conjunto de su plan, sino únicamente aprovechado la ocasión para aclarar oscuridades «de donde pueden haber salido muchas falsas interpretaciones en que han caído quizás por mi culpa, talentos perspicaces al juzgar mi obra... *Solamente en la exposición hubo de cambiarse algo...*»

4) Toda la innovación está pues en la exposición del pensamiento y consistiría:

a) Según la Primera edición, el idealismo sostenía que la realidad de los fenómenos externos por él hipostatizados no constaba con certeza inmediata¹²⁸, en cambio la Segunda hace del idealismo la doctrina que niega o duda de la existencia del mundo corporal y por lo mismo de la cosa-en-sí; de ahí que el criticismo *cambia de actitud* frente al adversario que presenta el problema en distinta forma¹²⁹.

¹²⁶ Wundt, M. «Kant als Metaphysiker», 207.

¹²⁷ B. XXXVII—XXXVIII.

¹²⁸ A. 367-373.

¹²⁹ Cfr. Erdmann, B. «Kants Kritizismus in der 1ten. und in der 2ten. Auflage der Kritik der r. V.», 91-93; Paulsen en su «Versuch einer Entwicklungsgeschichte der Kantischen Erkenntnisstheorie», 213, se inclina a creer

b) Las incompreensiones de los idealistas obligaron a Kant a acentuar más y más la existencia real de la cosa-en-sí hasta convertirse en un problema¹³⁰, es decir, un objeto que exige prueba especial, porque en la Primera edición la existencia de las cosas fundada en el concepto de fenómeno era calificada por todos como incompatible con la Crítica.

c) Por lo tanto, si se nota un progresivo viraje hacia un realismo más definido, es con el objeto de evitar el subjetivismo idealista que sus adversarios veían en la Primera Crítica; «No es pues, un paso atrás —dice Vleeschauwer¹³¹— sino un esfuerzo por cimentar mejor su criticismo lejos de toda afinidad con el subjetivismo psicológico».

La exégesis del Segundo Postulado, lo mismo que la historia de la Segunda edición nos traen a una conclusión clara y precisa: el sentido realista de la refutación kantiana. Ni se nos puede ocultar por otra parte, la objeción que los comentaristas idealistas formularían contra una tal interpretación del Postulado en la que se atribuiría a éste un uso trascendente, conculcando una de las doctrinas más enfáticas de la Crítica. Todavía no disponemos de datos suficientes para abordar un asunto de tanta monta y por eso nos remitimos para cuando nos toque dar el veredicto definitivo sobre la refutación y señalar las últimas raíces de tan flagrante inconsecuencia.

Si el problema que plantearon los adversarios se presentaba con inconfundible carácter existencial (así concluía el capítulo precedente), no otra parece haber sido la mentalidad de Kant al hacer de la refutación un corolario del Segundo Postulado e introducir tantas modificaciones de indicios realistas, lo cual demuestra que asumió el problema tal y como se lo plantearon sus adversarios: en sentido realista.

que la cuestión fundamental en la 2ª edición, fue la lucha del racionalismo con el empirismo; opinamos que en último término esa es la misma sentencia que estamos exponiendo en nuestro estudio.

¹³⁰ Erdmann, B. «Kants Kritizismus», 207.

¹³¹ Vleeschauwer «L'évolution de la pensée kantienne», 120.

III — EL ARGUMENTO

Sumario: § 1. **Punto de partida:** «Soy consciente de mi existencia como determinada en el tiempo» — § 2. **Mayor:** «Toda determinación de tiempo supone alguna cosa permanente en la percepción». — § 3. **Menor:** «Ese permanente no está en mí».

Discutido cuál es el problema que los adversarios plantean a Kant y demostrado por el contexto, que el autor de la refutación lo entendió en ese mismo sentido, incumbe al presente capítulo descubrir en un análisis textual, el significado auténtico del argumento que asegura refutar al adversario resolviendo como nos dice su autor, perentoriamente y de la única manera posible, el problema propuesto sobre la existencia de un mundo externo.

Emprender una exégesis de cualquier trozo de la Crítica no es empresa sencilla; por más genialidades que se le reconozcan, las confusiones y aun contradicciones dificultan sobre manera todo intento sea él de síntesis, de aclaración o de interpretación. En prueba de ello se presentan opuestas interpretaciones de un mismo pasaje como la deducción trascendental, la aprioridad, experiencia etc. . . y muchas oscuridades que persisten a pesar de los ingentes esfuerzos, durante un siglo, de todos los frentes ideológicos dentro y fuera del kantismo. Sería pues, vana presunción pensar que el presente capítulo quiere exponer una última y definitiva interpretación de uno de los pasajes más enigmáticos y quizás decisivos para el pensamiento kantiano.

El análisis del texto se apoyará en cuanto sea posible, en la autoridad de los mejores comentaristas, porque emprender por nuestra propia cuenta dicho análisis, pasaría los límites de un capítulo, ya que supondría el estudio detallado de muchas partes de la Crítica, incluidas en el argumento de la refutación.

Cuanto a la exposición misma, se podría seguir el orden de las ideas tal como se presenta en la prueba contra los idealistas causando así tal vez impresión de más exactitud; sin embargo, la claridad y vigor del argumento sufrirían mucho, pues además de las repeticiones, incisos y notas marginales que lo complican, hay que contar con la modificación de la prueba, que si bien no cambia en substancia, sí modifica la exposición misma explanando y añadiendo razones. todo lo cual dificulta hasta hacer casi impo-

sible el análisis textual de las proposiciones en el orden en que las presenta la Crítica. De ahí que se prefiera exponer en este capítulo un análisis detallado del argumento escueto con que Kant pretende probar su teorema contra el idealismo, dejando para el siguiente, los problemas implicados en la refutación, donde se podrán agrupar las observaciones y ampliaciones con que Kant completa su refutación.

La enunciación del teorema formulado por Kant contra los idealistas, es clara y categórica: «La simple conciencia empíricamente determinada de mi propia existencia, prueba la existencia de los objetos en el espacio y fuera de mí»¹³²; su significado exacto aparecerá cuando se hayan interpretado las premisas que lo demuestran. El teorema se prueba partiendo de un presupuesto *incuestionable* para el adversario, *la experiencia interna*, y arguyendo con un simple silogismo que diría:

esa experiencia interna exige un permanente; es así que ese permanente no se halla en mí; Luego la experiencia interna demuestra la existencia del permanente fuera de mí, es decir, de los objetos en el espacio¹³³.

§ 1 — PUNTO DE PARTIDA

«Soy consciente de mi existencia como determinada en el tiempo» es la afirmación indiscutible de donde arranca la refutación¹³⁴; el hecho de que yo tenga certeza plena de mi existencia es roca incommovible donde descansa toda la doctrina del «Cogito» de conformidad con lo expuesto antes¹³⁵; el autor de la Sexta Meditación estaba cierto sólo de la existencia de ese yo, cuya idea clara y evidente era el único punto firme en el naufragio de su duda. No incumbe al presente estudio fijar el valor de la posición cartesiana;

¹³² B. 275: «Das bloss, aber empirisch bestimmte Bewusstsein meines eigenen Daseins beweiset das Dasein der Gegenstände im Raum ausser mir».

¹³³ El silogismo en los términos mismos de Kant sería:

Mayor: «Ich bin meines Daseins als in der Zeit bestimmt bewusst.

Alle Zeitbestimmung setzt etwas **Beharrliches** in der Wahrnehmung voraus».

Menor: «Dieses Beharrliche aber kann nicht etwas in mir sein,...

Consec: «Folglich ist die Bestimmung meines Daseins in der Zeit nur durch die Existenz wirklicher Dinge, die ich ausser mir wahrnehme, möglich». (B. 275-276).

¹³⁴ B. 275: «Ich bin meines Daseins als in der Zeit bestimmt bewusst».

¹³⁵ Supra, cp. I, § 2, e.

sólo nos interesa haber hallado antes, que para Descartes, la experiencia interna significaba la certeza objetiva de una realidad ontológica; y como por otra parte, Kant en su refutación parte de ese hecho admitido por el adversario, sería superfluo dilucidar si ambos contrincantes lo entienden de la misma manera.

Es claro que «ser consciente de la existencia» o poseer la experiencia interna, no quiere decir para Kant, que yo conozca al sujeto tal y como es en sí, ya que ello implicaría destruir con la primera frase de la refutación, toda la Crítica de la razón pura: «Conocemos nuestro propio sujeto decía la Crítica ¹³⁶, sólo como fenómeno y no en lo que es en sí»; y eso porque «el sentido interno no nos suministra sino una intuición de nosotros mismos de conformidad con el modo en que somos afectados por nosotros mismos» ¹³⁷. Esta doctrina se reconoce como una de las más repetidas con insistencia en aquellos pasajes de la Primera edición que recibieron seria enmienda. No sin razón observan los comentaristas que a Kant preocupaba mucho la objeción que contra su Primera Crítica levantaban los idealistas de no poderse comprender la paradoja del sentido interno, a saber, que «nos representa a nuestra conciencia, no como somos en nosotros mismos, sino como nos aparecemos» ¹³⁸. De ahí las largas disquisiciones, ejemplos y razonamientos acumulados con la intención de desvanecer tal paradoja y esclarecer cuál es el conocimiento acerca de nuestro Yo y con qué certeza lo poseemos. Estando el capítulo siguiente destinado a exponer los problemas anexos a la refutación, necesariamente se ha de exponer allí la doctrina kantiana del Yo y por lo tanto aquí no se tratará sino del sentido en que Kant toma la experiencia interna o «ser consciente de mi existencia».

Los intérpretes kantianos están de acuerdo ¹³⁹ en que «ser consciente de mi existencia como determinada en el tiempo» equivale a poseer experiencia interna o conocer el Yo como objeto; tal conocimiento es indudablemente empírico, «es decir, conocimiento que determina un objeto por percepciones» ¹⁴⁰; por otra parte, dada la

¹³⁶ B. 156.

¹³⁷ ib.

¹³⁸ B. 152-153; cfr. B. 49 ss.

¹³⁹ Cfr. **Lachlèze-Rey** «L'idéalisme kantien», 63 ss.; **Vleeschauwer**, «La déduction transcendentale dans l'œuvre de Kant, II; 584 ss. **Caird** «The critical philosophy of Immanuel Kant», I, 631 ss.

¹⁴⁰ B. 218.

distinción típica del kantismo entre pensar y conocer¹⁴¹, y sus correlativos, categoría intelectual y materia sensible; teniendo además en cuenta que el Yo de apercepción es pura forma sin contenido, mera función o unidad de pensamiento¹⁴², el kantismo ante la alternativa de un conocimiento del Yo como cosa-en-sí o un conocimiento del mismo como fenómeno, se ve obligado a optar por la segunda ya que el conocimiento del Yo-en-sí supondría la intuición intelectual que la Crítica le niega inapelablemente al hombre¹⁴³.

Si se quiere saber cómo se le da a este Yo-objeto del sentido, su diversidad sensible, hay que determinar en un tal proceso de síntesis, que «es conocimiento por percepciones ligadas»¹⁴⁴, cuál es el *afectante* y cuál el *afectado*. Según la Estética¹⁴⁵ el *afectante*, o elemento activo, consiste en la posición de las representaciones con las que el yo adquiere experiencia de su existencia como determinada en el tiempo; mientras que el *afectado* o elemento pasivo, es el sentido interno que las recibe en determinadas relaciones de tiempo (sucesivas o simultáneas); así pues, el resultado de tal síntesis *no es el dato afectante* puro e incontaminado, sino transformado en el esquema que adquirió por la recepción en la forma intuitiva; por lo mismo, el conocimiento del yo es y no puede ser sino fenoménico. Esta descripción del proceso viene a ser en substancia la que da Vleeschauwer¹⁴⁶ y viene a coincidir con la de Caird¹⁴⁷,

¹⁴¹ En la 2ª parte de este trabajo estudiaremos detalladamente dicho dualismo. Erdmann, B. «entre los cinco postulados que enumera de la Crítica (cfr. «Kritik der Problemlage in Kants transcedentaler Deduktion der Kategorien», 196-204) cuenta el llamado metafísico-racionalista que corresponde a la distinción entre sensibilidad y entendimiento como pasividad y espontaneidad, y que Vleeschauwer «La déd. tras», II, 397 ss.; lo lleva directamente a la distinción entre conocer y pensar.

¹⁴² De la Primera edición sobresalen: A. 107, 123, 129; de la Segunda edición que a este propósito es mucho más nítida, merecen especial mención los dos párrafos de la deducción trascendental B. 129-137; Aebi, en varios sitios de su obra, «Kants Begründung der deutschen Philosophie» por ej. en pág. 348 s., analiza agudamente este concepto central del sistema kantiano.

¹⁴³ Son innumerables los pasajes de la Crítica tocante a este punto esencial; cfr. especialmente en la Deducción transc. B. 135 ss.

¹⁴⁴ B. 161.

¹⁴⁵ id. 66 ss.

¹⁴⁶ Vleeschauwer «La déduction transcendente dans l'œuvre de Kant», III, 203.

¹⁴⁷ Caird «The critical Philosophy of Kant» I, 626.

por lo menos en las dos primeras fases que son las pertinentes a nuestro caso, ya que la última es el desenvolvimiento de una interpretación idealista que el autor opina ser la única admisible; a pesar de todo, el comentarista inglés admite una afección del sentido interno que es *independiente de toda actividad de nuestra parte* y por consiguiente, que se refiere a la cosa-en-sí; como este elemento de la afección implica una trascendencia enorme para la interpretación de la prueba, más adelante, en su lugar quedará tratado por extenso.

Un análisis del inciso «*como determinado en el tiempo*», ayudará a la mejor inteligencia del punto de partida kantiano en el argumento contra los idealistas. *Determinar*, que en el sentido activo es juzgar sintéticamente¹⁴⁸, en el pasivo se dice de las representaciones que se reciben en la facultad sensible y que se les llama «determinaciones del sentido interno»; entonces el receptor es el *determinado*¹⁴⁹. En la proposición: «soy consciente de mi existencia como determinada en el tiempo», determinar no puede tomarse en el segundo sentido, como si el Yo conociera la existencia determinada por otro, pues se acabó de ver que «ser consciente de mi existencia» es el resultado de un proceso sintético y por lo tanto denota, como en otros muchos pasajes de la Crítica¹⁵⁰, la función que el sujeto ejerce en una materia dada, o sea informarla, no obteniéndose, por otra parte, la materia, sino mediante la intuición. Por eso leemos en la Crítica¹⁵¹ que la determinación del objeto necesita una intuición y que por lo tanto¹⁵² «para el conocimiento de mí mismo, además de la conciencia o independientemente de que yo me piense, se requiere una intuición del diverso en mí, que me sirva para determinar este pensamiento». La intuición es pues, condición indispensable para el conocimiento del Yo, que reclama un elemento extrasubjetivo.

Todavía aparecerá más claro el sentido del participio «*determinado*», si se explica su especificativo «*en el tiempo*»; como «en el espacio son determinadas y determinables la figura, dimensión

¹⁴⁸ Así se expresó Kant en su «*Fortschritte der Metaphysik*», cit. **Eisler** «*Kant Lexikon*», 62.

¹⁴⁹ Cfr. **Vleeschauwer** «*La déd. transc.*» III, 135; **Cohen** «*Kants Theorie der Erfahrung*» 180-182.

¹⁵⁰ B. 259, 324; A. 87, 172 ss.; 178.

¹⁵¹ B. 166 nota.

¹⁵² id. 158.

y relación recíproca de los objetos externos»¹⁵³, así mi existencia y mis estados internos lo serán *en el tiempo*¹⁵⁴. Que mis estados o mi existencia se determinen en el tiempo, no puede significar que ellos tengan un sitio determinado en un ente real-ontológico, ya que «el tiempo no es nada»¹⁵⁵, pues si, prescindiendo del modo de intuición, tomo mis estados como ellos podrían ser en sí, entonces comprendo que el tiempo es mera condición subjetiva de nuestra intuición humana.

A la pregunta de por qué la experiencia de la existencia únicamente se obtiene «como *determinada en el tiempo*», responde la Crítica: «no conocemos nuestro propio sujeto sino como fenómeno, es decir, como nos aparecemos»¹⁵⁶, lo cual requiere una intuición que necesariamente exige el modo temporal¹⁵⁷. De no ser así, la tesis cartesiana triunfaría, porque si el sujeto tuviera en sí una intuición intelectual de su yo, no se vería obligado a recurrir a *algo fuera de su Yo* para poder relacionar sus representaciones, y no quedaría otro recurso sino el realismo indirecto para probar la existencia de las cosas, como vimos en Descartes. Pero la posición de Kant lo niega de plano; partiendo precisamente de que conocemos nuestra existencia como determinada en el tiempo, va a demostrar al idealista que sin recurrir a la existencia de las cosas, yo no puedo poseer experiencia interna o determinar el objeto-Yo en el tiempo; en otras palabras, que para verificar ese proceso necesito el presupuesto de la existencia de las cosas, con lo cual queda ésta probada *directamente*.

Si se tiene en cuenta, que el adversario tenía como principio incontrovertible y básico, el punto mismo de partida en la refutación kantiana, se entenderá por qué el autor de la Crítica no se tomó el trabajo de probar el principio de su argumentación.

Queda por determinar una última cuestión capital sobre el punto de partida: entendió Kant *en el mismo sentido* que Descartes *la experiencia interna*? Para ambos la certeza es absoluta, inmediata, indubitable y por lo tanto subjetivamente se las puede

¹⁵³ id. 37.

¹⁵⁴ Dicha transposición está autorizada por la ideología del criticismo y por el mismo Kant, quien en su *Estética*, tratando del tiempo, se remite a la doctrina del espacio B. 48.

¹⁵⁵ B. 51.

¹⁵⁶ cfr. B. 49 ss.; B. 152 ss.

¹⁵⁷ id. 48.

equiparar, de lo contrario no tendría sentido la argumentación kantiana. *Objetivamente*, la certeza de la experiencia interna es la misma si se la juzga dentro del sistema de cada una de las dos doctrinas¹⁵⁸, o sea, colocándose en el plano del fenómeno y de la cosa-en-sí para Kant y Descartes respectivamente; a pesar de todo, no se puede precisar por este simple hecho si la doctrina acerca del conocimiento del Yo sea o no distinta en los dos filósofos; para poder apreciar justamente la cuestión, ha de colocarse el intérprete desde un punto común y ver en conjunto qué conocimiento dejó para el Yo, nuestro filósofo, como intentaremos hacerlo nosotros en la 2ª Parte del presente estudio.

§ 2 — MAYOR DEL ARGUMENTO

«*Toda determinación de tiempo supone alguna cosa permanente en la percepción*». Ayudará antes de explicar el contenido del principio, investigar por qué Kant usa del permanente para probar la existencia de las cosas, cuando la Primera edición infería lo mismo del concepto de fenómeno¹⁵⁹. Según B. Erdmann¹⁶⁰, el permanente en conformidad con la Primera edición, es un mero término de relación para la existencia de los fenómenos; en cambio en la Segunda edición, se le considera¹⁶¹ como un substrato de todo lo real, es decir, de lo que pertenece a la existencia de las cosas y mediante el cual se pueden representar la simultaneidad y la sucesión. Ahora bien, arguye el autor de la Crítica, para que ese concepto de substancia sea objetivo, debe darse una *intuición permanente*, que por no encontrarse en el sentido interno, exige el objeto del sentido externo, es decir, presupone su existencia. Este cambio de táctica, explica el mismo autor¹⁶², se debe a la polémica con Ulrich quien en los fenómenos no veía substancia ni perma-

¹⁵⁸ Una consideración parecida sería el caso que se finge **Marechal** «Le point de départ de la Metaphysique» III, 158.

¹⁵⁹ Cfr. La crítica del 4º Paralogismo (A. 367 ss.)

¹⁶⁰ **Erdmann, B.** «Kants Kritizismus in der 1ten. und in der 2ten. Auflage der Kritik der r. V.», 205 ss.

¹⁶¹ El enunciado de la Segunda edición dice: B. 225. «Es ist aber das Substrat alles realen, d. i. zur Existenz der Dinge Gehörigen, die **Substanz**; an welcher alles, was zum Dasein gehört; nur als Bestimmung kann gedacht werden. Folglich ist das Beharrliche, womit in Verhältniß alle Zeitverhältnisse der Erscheinungen allein bestimmt werden können, die Substanz in der Erscheinung, d. i. das Reale derselben, was als Substrat alles Wechsels immer dasselbe bleibt».

¹⁶² **Erdmann, B.** «Kants Kritizismus», 206.

encia, sino apariciones que se iban desvaneciendo, para concluir de ahí que se requería una causa permanente, la cual no era fenómeno; así pensaba Ulrich poder demostrar, contra Kant, no sólo la existencia, sino además la cognoscibilidad de las cosas-en-sí. El autor de la Crítica usa en su refutación de la misma argumentación, para probar contra Ulrich, que a pesar de la incognoscibilidad de las cosas-en-sí, es preciso admitir para éstas una existencia real ¹⁶³.

La mayor del argumento contra los idealistas no se demuestra en ese sitio, por ser un principio explicado antes en la Crítica con amplitud de razones, puesto que la doctrina de las Analogías indicaba una importancia capital; ya antes de la Crítica, en la «Dilucidatio nova» y en la «Dissertatio», dichos principios habían preocupado a Kant ¹⁶⁴, y en la Crítica misma se volvió sobre el asunto, porque *ellas (las analogías) determinan los objetos como existentes*. En efecto, no basta saber cómo éstos se distinguen del yo (lo que hacen los conceptos puros), sino además es preciso designar *cómo son objetos para nosotros*, función ésta, propia de las analogías, que consiste en conectar de tal forma los datos sensibles entre sí, que resulte *para nosotros* un objeto de experiencia como tal. Son pues, las analogías, *condiciones indispensables* para que los objetos nos sean conocidos como existentes en el tiempo; siendo tal enlace, condición absolutamente necesaria para el conocimiento, no puede provenir del fenómeno individual sino de algo a priori, es decir de un principio o regla de valor universal: «Todos los fenómenos se someten, en cuanto a su existencia, a las reglas a priori que determinan la relación de ellos en el tiempo» ¹⁶⁵, o como especifica mejor la Segunda edición ¹⁶⁶, «la experiencia no es posible sino por la representación de un enlace necesario de percepciones».

Una de las características de las Analogías es de no ser principios *constitutivos de la experiencia sino meramente regulativos* ¹⁶⁷, es decir, de no significar, supuesto caso que se nos dé una percepción al lado de otra con relación de tiempo, cuál sea esa

¹⁶³ Puede verse la misma opinión en **Vleeschauwer** «La déduction transcendente dans l'œuvre de Kant», II, 583.

¹⁶⁴ Así **Caird** «The critical philosophy of I. Kant», I, 514.

¹⁶⁵ A. 177.

¹⁶⁶ B. 218: «Erfahrung ist nur durch die Vorstellung einer nothwendigen Verknüpfung der Wahrnehmungen möglich».

¹⁶⁷ id. 221 ss.

otra percepción, sino simplemente de enseñar la manera como dicha percepción está necesariamente ligada a la primera en cuanto a su existencia¹⁶⁸. Como por otra parte sólo se dan tres modos temporales en que una percepción se puede ligar con otra, a saber: la permanencia o existencia en todo el tiempo, la sucesión o existencia en diferente tiempo y la simultaneidad o existencia en el mismo tiempo: de ahí que sólo sean tres las analogías¹⁶⁹.

La diferencia que encuentra Caird¹⁷⁰ entre la Primera Analogía, conforme a la Primera edición de la Crítica, y la misma Analogía conforme a la Segunda, se puede omitir por considerarla de poca monta críticos de nombre¹⁷¹. La Primera analogía contenida en la mayor de la refutación establece que no se puede conocer un objeto como existente en el tiempo, a no ser que relacionemos nuestra intuición a una substancia o substrato que dura el mismo a través de las vicisitudes de aquella¹⁷²; o sea, que el objeto no puede conocerse como tal, si las intuiciones que cambian en nosotros a cada momento, no se refieren a una realidad permanente; y la razón de ello es obvia para el criticismo: porque conocer un objeto como existente es sacarlo de la presencia momentánea en que nos impresiona como a sujetos sensitivos y referirlo a la «conciencia en general» es decir a aquella conciencia para la cual lo particular sólo existe como determinación de lo universal¹⁷³. A nadie se le oculta ser éste el eje para todo el andamiaje de las categorías.

¹⁶⁸ Cfr. **Schulze**, «Eclaircissements sur la Critique de la r. pure de M. le professeur Kant», 53. **Cohen**, H. «Kants Theorie der Erfahrung» 438 ss. Se debe advertir además, que dichos principios encierran las líneas del campo del sér, o sea que éste no las puede sobrepasar porque se convertiría en un sér que rebasaría nuestro alcance, es decir, no sería objeto de nuestra facultad y en tal sentido no existiría. (Cfr. **Hirschberger** «Geschichte der Philosophie», II, 272).

¹⁶⁹ B. 219.

¹⁷⁰ **Caird** «The critical philosophy of I. Kant» I, 534.

¹⁷¹ Se podrían citar entre muchos: **Paulsen** «Immanuel Kant» 180 - 182; **Schoen** «Philosophie transcendente» 140-144; **Zallinger** «Disquisitionum Philosophiae kantianae libri duo» 209 ss.; **Cohen** «Kants Theorie der Erfahrung» 441 - 443.

¹⁷² Nuestro enunciado creemos pueda coincidir con la explicación de **Caird** «The critical philosophy of I. Kant» I, 522-528, quien sin embargo debido a la tendencia idealista que lo domina, desde el comienzo afirma que ese substrato se debe «concebir como permanente» prejuzgando así la idealidad del permanente.

¹⁷³ Cfr. **Caird** «The critical philosophy of I. Kant» I, 627.

El autor de la Crítica pone todo énfasis ¹⁷⁴ en mostrar que sin este principio, la experiencia se hace imposible (en el sentido crítico), pues como ella consiste en la unión o enlace regular de fenómenos en el tiempo, dicha síntesis no se podría concebir sin un substrato que dure el mismo (permanente); las percepciones nuestras o fenómenos que fluyen y se suceden, necesitan pues de un punto de referencia para el que se digan ser sucesivos o simultáneos, lo cual no se obtiene sin el esquema de la permanencia; dicho en otros términos, en las cosas percibidas ha de hallarse un substrato perdurable al cual se refieran los estados que se suceden o coinciden. Cohen ¹⁷⁵ y en general los marburgenses ¹⁷⁶, interpretan este substrato permanente, no como objeto de experiencia explícito, sino como aquella idealidad sin la cual se hace imposible todo objeto de experiencia que consiste en mera relación de fenómenos. Siendo el Permanente, tema dominante en la segunda Parte del presente estudio, esperamos la ocasión de considerar el problema en todos sus aspectos.

Entendido el punto de partida, como quedó explicado, al comprobar Kant que «scy consciente de mi existencia como determinada en el tiempo», se entiende fácilmente por qué argumentó en la mayor con la Primera Analogía. Así que, resumiendo el camino recorrido en la exégesis, se podría decir parafraseando la refutación kantiana: tenemos conocimiento empírico de nosotros mismos, o sea, nuestro Yo se ha hecho objeto después de haber formado la síntesis de percepciones; ahora bien como esa síntesis o determinación de nuestro Yo en el tiempo no se puede efectuar sin un substrato permanente; luego la experiencia interna o conocimiento empírico de nosotros mismos, prueba que se ha de dar un permanente en la percepción. Dónde se encuentre ese permanente, nos lo va a decir la menor del argumento kantiano.

§ 3 — MENOR DEL ARGUMENTO

«Ese permanente no está en mí». No hay que hacer mucho esfuerzo para comprender que el meollo de la argumentación kantiana reducida a un sencillo silogismo, se encierra en la menor. En efecto, demostrada en la mayor la necesidad de un permanente

¹⁷⁴ B. 225.

¹⁷⁵ Cohen, H. «Kants Theorie der Erfahrung» 442.

¹⁷⁶ Como Cassirer, Lachière-Rey y otros.

para obtener la experiencia interna, queda para la menor probar que ese permanente no está en mí, y con eso mismo dar el golpe de gracia al idealismo que se jactaba de tener certeza incontestable acerca de su propio YO, encerrado allí sin salir de él. Ni se le pasó al autor de la Crítica la trascendencia que para el éxito de su refutación significaba dejar bien sentada esta segunda premisa, y por eso después de redactado el argumento, halló en meditaciones ulteriores, que «la exposición de esa prueba se prestaba a oscuridades»¹⁷⁷ por lo que resolvió modificarla añadiendo una larga nota al Prefacio de la Segunda Edición¹⁷⁸. Como el contenido de esta nota va tan cargado de ideas que se hace imposible comentarlas aquí en el orden impuesto por Kant, el presente párrafo sólo estudiará las partes de la nota que directamente explican o aclaran el sentido de la menor; los demás puntos, que son problemas suscitados por la refutación, tendrán cabida en la Parte Segunda, a tenor del plan diseñado en la introducción.

Es preciso ante todo, determinar en qué grado la nota del Prefacio a la Segunda edición varía o modifica el sentido de la refutación, tal como la presenta el texto mismo de la Crítica. Por de pronto, modificación sustancial no la puede haber, según expresa confesión de Kant en el mismo Prefacio¹⁷⁹, al aseverar que la doctrina no se cambia en la nueva edición de la Crítica sino en unos pocos pasajes y ésto solamente cuanto al modo de exponerla; así, resulta inverosímil que esta nota vaya a realizar aquello que el autor expresamente rehusó y lo que no produjeron las serias enmiendas introducidas en la Crítica, como la deducción trascendental de las categorías, la crítica de los Paralogismos etc. . . . Por su parte Kemp Smith¹⁸⁰ opina que *tal vez* la única variación introducida por la nota en el texto de la refutación, sería «únicamente el uso de expresiones ambiguas que tal vez se pueden referir a cosas en sí». Todavía no podemos juzgar de la exactitud de esta opinión hasta llegar al último capítulo de la segunda parte; es digna, con todo, de tenerse en cuenta la opinión del comentarista inglés

¹⁷⁷ B. XXXIX nota.

¹⁷⁸ Fischer, K. «I. Kant und seine Lehre», I, 639-640 nos dice que el «David Hume» de Jacobi apareció pocos meses antes de la Segunda edición y ésto explicaría porqué la enmienda de la refutación se hubo de hacer en el Prefacio y no en el texto mismo.

¹⁷⁹ B. XXXVII ss.

¹⁸⁰ Kemp Smith, «A commentary to Kant's critique of pure reason», 309.

quien observa en la nota «*expresiones que tal vez*» tengan sentido *realista* y por lo mismo, de importancia capital para la interpretación del argumento contra los idealistas.

«Este permanente, se lee en la nota del Prefacio ¹⁸¹, no puede ser una intuición en mí, porque todos los principios de determinación de mi existencia que se pudieran encontrar en mí, son representaciones, y como tales, precisamente necesitan algún permanente que sea distinto de estas representaciones, y con respecto al cual, el cambio de las mismas pueda determinarse y por consiguiente también mi existencia en el tiempo, en el que ellas cambian».

El raciocinio es demasiado preciso y claro para que haya de explicarse largamente; unas pocas observaciones bastarán para su mejor inteligencia.

Es de advertir, que al negar nuestro filósofo que el permanente se halle en mí, no toma el Yo como sujeto sino como objeto, es decir niega que el permanente sea un elemento intuible en el Yo empírico ¹⁸²; más tarde se discutirá en qué sentido se niega el permanente al Yo trascendental y el sentido *realista* que ello implica. Se advierte además, en este último silogismo de Kant, que las representaciones constituyen la razón íntima de la argumentación que resumida diría: todos los principios que yo pueda hallar en mí para determinar mi existencia en el tiempo, son representaciones; es así que toda determinación, presupone algún permanente; luego las representaciones mismas, necesitan de algún permanente distinto de ellas, es decir de un elemento que no está en mí. En otros términos: si se quiere conocer el cambio de las representaciones (determinarlas en el tiempo) es necesario percibir un permanente al que ellas se refieran, un substrato con relación al cual ellas cambien y que por lo tanto se distinga de ellas, pues de lo contrario no se podrían conocer como mudables, es decir, determinables en el tiempo.

¹⁸¹ «Dieses Beharrliche aber kann nicht eine Anschauung in mir sein. Denn alle Bestimmungsgründe meines Daseins, die in mir angetroffen werden können, sind Vorstellungen und bedürfen als solche selbst ein von ihnen unterschiedenes Beharrliches, worauf in Beziehung der Wechsel derselben; mithin mein Dasein in der Zeit, darin sie wechseln; bestimmt werden können». (B. XXXIX nota).

¹⁸² Cfr. Kemp Smith «A commentary to Kant's critique of pure reason», 309.

Caird protesta¹⁸³ enérgicamente contra Kant en este pasaje por hacer de la vida interior una serie de representaciones que son tratadas como estados del sujeto pensante; una sensación, razona el comentarista, puede considerarse como estado del sujeto, pero la representación que implica el «ich denke», además del objeto y que siempre está *por algo*, tiene que ser más que un estado del sujeto, porque un estado deja de ser tal, cuando se hace representación, y el sujeto convirtiendo una sensación o estado subjetivo en representación, deja de ser mero sujeto pensante para hacerse consciente del yo. Toda esta grave objeción contra Kant en la prueba clave de la refutación, tendría su valor incontestable si se admitiera previamente la interpretación idealista de la refutación, que convierte la experiencia externa en una fase dentro del proceso de la conciencia de mi existencia como determinada en el tiempo¹⁸⁴; en cambio si se interpreta basándose en la Crítica, el término representación, como se verá en seguida, Kant podrá con todo derecho formular su argumento. Pero se ha de advertir que en nuestra exégesis, si bien el término «representación» se equipara a sensación o sea se hace sinónimo de intuición, de *ninguna manera se incluyen con eso los sentimientos y voliciones* a los que Kant niega todo carácter representativo¹⁸⁵; pues de lo contrario tendría lugar el reproche de Caird.

El término «representación», primordial en la prueba kantiana, se presenta con una significación bien especificada a pesar de que en la Crítica, como observa Kemp Smith¹⁸⁶, se le emplea en todos sus sentidos posibles¹⁸⁷. Como es obvio, representación, en el argumento no se toma en el sentido general de modificación del espíritu («Modificationen des Gemüthes»)¹⁸⁸, sino en el de percepción objetiva o «Erkenntnis», la cual a su vez¹⁸⁹, puede ser o intuición o concepto; esta segunda acepción no parece dar sentido al silogismo, en cambio si se entiende «representación» como sinónimo de «intuición», el argumento sería claro: todos los principios de determinación de mi existencia que se pudieran hallar

183 Caird «The critical philosophy of I. Kant» I, 640.

184 Cfr. Caird, loc. cit.; Fischer; K. «Immanuel Kant und seine Lehre»; I, 478 s.; cuanto a Lachièze-Rey, cfr. infra P. 2^a.

185 B. 66 y además AK. VII, 153.

186 Kemp Smith «A commentary to Kant's critique of pure reason», 81.

187 Cfr. además Eisler, R. «Kant Lexikon», 588.

188 A. 99.

189 Cfr. Eisler «Kant Lexikon» 588.

en mí (en el Yo empírico) son *intuiciones*; ahora bien, para que yo conozca tales intuiciones como cambiables (determinables en el tiempo), es decir, para que conozca el yo como objeto, las tengo que referir a algo permanente distinto de ellas, es decir, a algo que *está fuera de mí*. Si se recapacita bien, el argumento kantiano concluye explícita e incontestablemente en lo que va a ser decisivo para la interpretación de la refutación, a saber, que *el permanente no es una representación de algo fuera de nosotros, sino que es una cosa fuera de nosotros*, lo que ampliamente se encontrará desarrollado en la Segunda Parte del estudio.

Aunque la última consideración sobre la menor del argumento kantiano no sea peregrina¹⁹⁰, es lástima que una gran mayoría de intérpretes kantianos no explanen, como se desearía, un tema tan clave para la inteligencia de esta menor. Blunt¹⁹¹ por ejemplo, quien apenas la menciona de paso, al explicar que el permanente no puede ser mi representación temporal, hace equivaler la representación a experiencia, y el permanente a espacio, con lo cual la refutación toma un sentido marcadamente idealista. Caird¹⁹² para idealizar esa cosa fuera de nosotros, la considera como una contraparte dentro de la misma experiencia y así el objeto externo lo sería tal, porque en la experiencia interna se requiere distinguirlo de la vida subjetiva; en esta misma línea se orienta la interpretación de Lachièze-Rey.

El rigor de la consecuencia en el argumento último con que el autor de la Crítica demuestra la menor de su refutación contra el idealismo, nos lleva a hacer observar que las *representaciones* son los únicos elementos que en el yo empírico pueden determinar la existencia en el tiempo — los sentimientos por ejemplo no podrían hacer tal conexión, según acabamos de ver; por otra parte, el Yo empírico, como advierte Kemp Smith¹⁹³, consiste en sólo representaciones que por lo tanto piden otra cosa para poderse determinar como cambiables; luego estrictamente se concluye que *el permanente se contrapone y distingue del yo empírico en cuanto éste es representación. Ese yo empírico o yo-objeto, que resume o*

¹⁹⁰ **Vleeschauwer**, «La déduction transcendentale dans l'œuvre de Kant», II, 568.

¹⁹¹ **Blunt**, «La réfutation kantienne de l'Idéalisme», Rev. de Métaphysique et de Morale, 1904, 482.

¹⁹² **Caird** «The critical philosophy of I. Kant» I, 627.

¹⁹³ **Kemp Smith** «A commentary to Kant's critique of pure reason», 306.

compendia los contenidos diversos y variables de la experiencia como determinados en el tiempo, «la fantasmagoría variable que Descartes admite con certeza inmediata»¹⁹⁴, es conciencia de un cambio, que como tal, supone un substrato distinto de lo variable, es decir, «fuera de mí». Así queda probada la menor de la refutación: «ese permanente no está en mí».

Aparecen con eso explanadas las dos premisas del argumento: en la mayor se demostró que para determinar la sucesión de nuestros estados o ser consciente de nuestra existencia, se requiere percibir algo permanente; la menor a su vez dejó establecido que ese permanente no se puede intuir en mí porque en tal caso sería una representación empírica de las cosas mías y como tal, es decir, como determinación en el tiempo, no puede ser aprehendida sino en relación con un permanente distinto de ella, con algo que no está en mí. Luego, puede Kant concluir legítimamente contra Descartes: la experiencia interna demuestra la existencia del permanente fuera de mí, con la cual queda demostrada al mismo tiempo la paridad en la certeza de ambos, es decir tan inmediata es la certeza sobre la existencia de los objetos externos, como lo es sobre nuestra propia existencia temporal, que para el autor de las Meditaciones era incontestable.

La solución pues, que da Kant al problema formulado por sus adversarios, en términos realistas, es clara y contundente: les prueba que la existencia del permanente fuera de mí, es de una certeza más inmediata y por consiguiente más firme que la misma certeza de nuestra propia existencia en el tiempo; así pues, sería una sinrazón, negar o dudar de la existencia de las cosas externas. He ahí el sentido de la refutación; queda por saber hasta dónde se extiende el significado de ese mundo externo en el argumento kantiano, o sea nos falta por averiguar cuál es la trascendencia del permanente; ¿se trata en la refutación kantiana de probar la existencia de un mundo noumenal o la de un mero fenómeno? Nos lo dirá la Segunda Parte.

Continuará.

¹⁹⁴ Blunt, «La réfutation kantienne de l'Idéalisme», Rev. de Métaphysique et de Morale, 1904, 482.